

*Publicado
Univ. Nac. Córdoba
1949*

JORGE VON HAUENSCHILD

ENSAYO DE CLASIFICACION
DE LA
DOCUMENTACION ARQUEOLOGICA
DE
SANTIAGO DEL ESTERO
(Nota preliminar)

1947

Introducción.

La documentación arqueológica que conocemos hasta ahora de la provincia de Santiago del Estero ofrece en todos sus aspectos un conjunto tan heterogéneo que es imposible pensar que pertenezca a una sólo civilización, a una sólo cultura, y por consiguiente, estamos en presencia de un complejo al que han contribuido diversos pueblos en distintas épocas. El análisis del acervo arqueológico nos permitirá conocer a los pueblos que han intervenido, su origen y la probable ruta de sus migraciones. El grado de aleación de los tipos servirá para establecer las etapas de su llegada, y su mayor o menor antigüedad, lo que, en la mayoría de los casos, no significa que podamos a llegar a fijar fechas calendarias, aunque fuese aproximadamente.

El término "Civilización Chaco-Santiagoense", creado por los hermanos Wagner, lo aceptamos como índice geográfico, pero lo rechazamos, cuando se le quiere dar el significado de que todo el acervo arqueológico de Santiago del Estero ha pertenecido a un sólo pueblo, a una sólo cultura.

Siguiendo el derrotero señalado en la conferencia leída en el mes de Agosto del año 1943 en el salón de Actos del Colegio Nacional de Santiago del Estero, publicada en el N° 2 de la Revista de la Junta de Estudios Históricos del mismo lugar y año, donde establecíamos la necesidad de discriminar, hemos intentado abordar el problema, y presentamos hoy esta nota preliminar bajo el título "Ensayo de Clasificación de la Documentación arqueológica de Santiago del Estero", en la que adelantamos en forma sucinta las conclusiones a que hemos arribado en nuestro estudio.

Como se puede observar en el Mapa N° I, la zona estudiada directamente por el autor, se limita a una ínfima parte de la provincia, aunque hayamos extendido nuestras excursiones a una buena parte de la misma, pero los hallazgos de otros investigadores nos han permitido abarcar casi toda la superficie, en cuanto han llegado a nuestro conocimiento. Anotaremos las "Influencias" foráneas que hemos observado, como también el área de dispersión que corresponde a cada una.

El autor.

Consideraciones Generales.

El ensayo de clasificación se funda en el material arqueológico encontrado, - cerámico, óseo y lítico -, considerándose también armas y costumbres mortuorias. Se debe consignar que en ninguna de estas industrias se nota una evolución lenta, el paso del estado primitivo al grado superior; excepto un sólo tipo, los demás ya habían llegado a la cúspide de su desarrollo, lo que insinúa la introducción de estas manufacturas desde otras regiones donde se habría operado el ciclo de progreso. El único testimonio de que a su tiempo debe haber existido una cultura primitiva en las llanuras de Santiago, constituye una punta de flecha de piedra, fabricada a percusión, que encontramos en el estrato inferior de un túmulo del yacimiento -j- Vilmer Norte. Este estrato formaba la base del montículo y se iniciaba a la profundidad de 1.80 metros debajo del punto más alto del mismo; estaba compuesto por limo del río con detritus orgánicos, y carecía en absoluto de restos de alfarería. La mencionada punta de flecha encontramos a la cota 2.20 metros, mientras en todo el espesor de la capa aparecieron restos de mamíferos, aves y peces, aun muy mal conservados. Su presencia y acumulación en ciertos puntos significaría que deben haber servido para la alimentación de los pobladores.

Los hermanos Wagner reconocieron que existían diferentes tipos de alfarería y los llamaron "Rama A" y "Rama B"; en una oportunidad, el señor Duncan L. Wagner nos manifestó verbalmente que, más adelante, debería establecerse una "Rama C", la que comprendería la alfarería incisa. En los últimos años de la década anterior, el Dr. Reichen de la Universidad de Friburgo (Suiza) permaneció casi un año en Santiago del Estero a fin de realizar estudios arqueológicos en esta provincia, cuyos resultados han sido publicados en el tomo XXXII del Journal de la Société des Américanistes de Paris. Hasta ahora no hemos tenido oportunidad de leer el trabajo, a pesar del contacto personal que tuvimos durante su estadía en ésta, y posteriores relaciones epistolares, interrumpidas por los acontecimientos mundialmente conocidos. El profesor Enrique Palavecino nos informó verbalmente que este autor también ha reconocido dos tipos, los que denomina según los toponímicos de los lugares donde, con más abundancia, han aparecido. No es extraño que el Dr. Reichen no haya podido adquirir una visión más completa del conjunto arqueológico santiagueño porque, debido al reducido tiempo de que disponía, sus conocimientos se limitan al material existente en el Museo Arqueológico de la Provincia y a nuestra colección particular, además de una corta excursión al Departamento Alberdi, sito en el Chaco santiagueño, campo de exploración de los hermanos Wagner. No es posible abarcar durante tan poco tiempo todo el vasto complejo de la arqueología santiagueña, debemos confesar que nosotros mismos, en el transcurso de los 20 años que nos dedicamos al estudio de este material, y de los cuales hemos empleado 18 años principalmente en la investigación en el terreno, lo que nos ha permitido reunir una colección de más o menos 4000 piezas, hemos tenido que revisar varias veces nuestra opinión en lo que respecta a las influencias extrañas que se observan en Santiago del Estero.

En el cuadro siguiente indicamos las influencias que hemos notado en la documentación arqueológica de Santiago del Estero, omitiendo, por el momento, considerar el orden cronológico que insinúa su estudio. Como dijimos en la conferencia citada: "Para facilitar la clasificación de la documentación arqueológica debe procederse por eliminación", hemos iniciado nuestro trabajo con los tipos que menos dificultades ofrecían, para llegar a establecer finalmente cuatro corrientes distintas:

- I.- Influencias paranaenses y pampeanas;
- II.- " " chaqueñas;
- III.- " " amazónicas;
- IV.- Rastros andinos.

I.

Influencias paranaenses y pampeanas.

Consideramos como pertenecientes al primer grupo, a la llamada alfarería gruesa y a las urnas con apéndices, por dos razones:

- 1) - por haberlas encontrado siempre juntas; donde apareció un tipo, estaba el otro;
- 2) - por idéntica técnica de fabricación.

Los análisis químicos de los distintos tipos de alfarería encontrados en la zona explorada (ver Mapas N^o I y N^o II), demuestran que la materia prima, empleada por casi todos los alfareros indígenas, procede de los abundantes depósitos aluvionales que existen a lo largo del río Dulce y de sus innumerables brazos antiguos, cegados en la actualidad. Dado el carácter de estos depósitos, la arcilla está mezclada, en mayor o menor proporción, con detritus orgánicos que, en la mayoría de los casos, han sido prolijamente separados antes de usarla. El material que resultó después de esta operación, era excesivamente plástico, por lo que había que someterlo a un desgrase adecuado. En cuanto al material empleado en el desgrase, se nota la primera diferencia entre los distintos tipos de alfarería, y es curioso observar que en cada uno se ha utilizado una materia diversa, a la que, a su vez, corresponde una decoración determinada. En la alfarería correspondiente a este epígrafe, se ha empleado simplemente arena del lugar, quiere decir, en la zona alta (ver Mapa N^o II) arena de un grano más grueso que abunda y es, muchas veces, micácea; en la zona baja, arena fina proveniente de los médanos o dunas que acompañan al río. Ambos tipos poseen esta técnica, constituyendo uno de los motivos para relacionarlos; por otra parte, difiere en absoluto de los desgrasantes usados por los demás alfareros como veremos más adelante. La construcción de las dos formas de vasos se ha hecho siempre por el sistema de los rodetes. Al alisamiento de la superficie exterior no se ha dedicado ninguna atención, limitándose a la superficie interior, especialmente en las urnas. La cocción, si bien es completa, no ha sido hecha a altas temperaturas, por cuanto no se nota ni un principio de fundición de la materia, la que se hubiera operado recién a más de mil grados. El color del material cocido es rojo-claro, lo que está de acuerdo con los componentes químicos de la materia prima. La mayoría de las urnas con apéndices ha sido pintada del lado exterior con negro de humo (hollín de la cocina), posteriormente a la cocción, procedimiento que se observa también en algunos vasos pertenecientes a la alfarería gruesa. La única decoración de las urnas ²consiste en los apéndices que están colocados siempre cerca de la base del cuello, a veces en el mismo, y otras veces en el cuerpo. Los apéndices son cónicos y se dirigen con una curva hacia abajo, hacia arriba o hacia el costado; rara vez son iguales en un sólo vaso; algunas veces terminan en cabezas zoomorfas, de la misma manera como se encuentra en la alfarería gruesa del Litoral.

La alfarería gruesa no aparece en el Dulce en su forma original: las paredes son generalmente más delgadas, los agujeros laterales y cúspidales han desaparecido, cerrándose estos últimos con una bóveda, por lo que han adquirido la forma de una campana. En lugar de los apéndices se ha dispuesto un asa en la parte superior de la pieza.

Las decoraciones de estas campanas son incisas o en relieve. La técnica de la decoración incisa recuerda indiscutiblemente la de las piezas del Litoral, pero, y aun más pronunciadamente, se confunde con la de la alfarería de las llanuras del Este de Córdoba (ver Antonio Serrano, "Los Comechingones"). Las características de la alfarería gruesa del Litoral, - forma cilíndrica, apéndices zoomorfos, agujeros laterales y cúspidales se conservan aun en las costas del río Salado, lo que podría insinuar la probable ruta de entrada, pero se agrega un nuevo elemento de decoración: la representación antropomorfa en relieve, combinando ambas técnicas. El diseño de la cara humana lo relaciona con la conocida expresión en las culturas amazónicas (ver Erland Nordenskiöld, "L'Archéologie du Bassin de l'Amazone"), lo que podría significar que los fabricantes de la alfarería que estudiamos, encontraron en estos lugares pobladores que poseían cultura amazónica, ya sea por transmisión ya sea por su origen, lo que trataremos de dilucidar en el III, Capítulo de esta nota. El avance de este pueblo por el río Salado, en sentido ascendente en dirección al Norte, debe haber encontrado su término al llegar a la parte cenagosa del mismo (ver Mapa al final del capítulo, los bañados del río Salado), lo que le obligó a buscar otro camino, que se les ofreció en el río Dulce, a más o menos 60 Kilómetros al Oeste del primero. En efecto, podemos observar la aparición de esta alfarería en el Dulce frente al actual pueblo de Sunchocorral, situado en el Salado aguas abajo de los bañados, o sea desde Beltrán al Norte (ver Mapa N^o II). Aquí se ha operado la transformación en "campana", mencionada antes, y se asimila un nuevo elemento decorativo en relieve, perteneciente a una cultura que ya existía en este lugar.

Ambos tipos de alfarería han aparecido con bastante profusión en las zonas exploradas de Santiago del Estero, tanto en el río Dulce como en el Salado. Del Litoral no conocemos ninguna urna del tipo con apéndice, pero no asignamos mayor importancia a este hecho, porque, en general, no es frecuente encontrar piezas enteras en esa región; la composición del suelo como las condiciones climáticas no han favorecido su conservación. Los exploradores de las margenes del río Paraná no han conocido urnas de este tipo, pero

no dudamos que, frecuentemente, han encontrado fragmentos pertenecientes a piezas de esta clase, adjudicándolos erróneamente a la alfarería gruesa, pudiéndose establecer su origen solamente mediante la observación y medición de la curvatura interior, con mucha probabilidad de acierto.

La aparición de los dos tipos no se limita a Santiago del Estero, ambas márgenes del Paraná y Entre Ríos, sino que ha sido señalada también para el Uruguay, donde el señor Carlos A. de Freitas los halló en las excavaciones efectuadas en la desembocadura del río Negro en el Uruguay (Carlos A. de Freitas, "Alfarería del Delta del Río Negro", Montevideo, 1943). El citado autor informa en esta publicación que ha encontrado apéndices cónicos, algunos con terminación zoomorfa y ornitomorfa, los que indiscutiblemente tienen similitud con los de Santiago del Estero y del Litoral; al respecto dice textualmente: "...estas asas evidentemente han pertenecido a vasijas de gran tamaño...", de lo que resulta que no duda que corresponden a urnas. Lamentamos no haber podido estudiar este material en lo que se refiere a la técnica empleada en la fabricación del mismo.

Con los hallazgos de Freitas se comprueba la extensión de esta alfarería hasta el Uruguay, pero también hacia el Noroeste ha tenido mayor dispersión, como se desprende de las piezas que Ambrosetti encontró en Pampa Grande (Juan B. Ambrosetti, "Exploraciones arqueológicas en la Pampa Grande, Provincia de Salta"), existentes en el Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires, y las que tuvimos oportunidad de examinar personalmente, gracias a la gentileza del Dr. Alberto M. Salas. Ambrosetti ha sido el primero que señaló en Santiago del Estero la aparición de tres urnas del tipo que estudiamos (Juan B. Ambrosetti, "Noticias sobre la Alfarería Prehistórica de Santiago del Estero") por un hallazgo que hizo en Tarapaya, a seis kilómetros al Noroeste de la Capital de la Provincia, y les adjudica una gran antigüedad por haberlas encontrado entre las raíces de un viejo algarrobo. No creemos que este sólo hecho podría certificar la gran antigüedad de estas piezas, por cuanto el algarrobo (*Prosopis*) es una planta de crecimiento rápido y, sea como fuera, debe haber pasado más de medio milenio desde que fueron depositadas. Hasta ahora, Pampa Grande constituye el extremo Norte de la dispersión de esta alfarería; sin embargo, en un punto más lejano aun, se ha encontrado una urna de este tipo: en Descalvados, estado de Matto Grosso, Brasil, como informa el Profesor Dr. Max Schmidt en la Revista de la Sociedad Científica del Paraguay, tomo V, N^o 1, Agosto 15 de 1940. En base al material conocido hasta ahora, se podría fijar la dispersión de esta alfarería desde el Uruguay hasta Salta en una línea casi ininterrumpida, pasando por Entre Ríos, ambas márgenes del Paraná, Santa Fé, Santiago del Estero y Salta. En el trabajo de fondo trataremos de establecer quienes han sido sus probables fabricantes, como la pertenencia étnica de los mismos, lo que podría dar, quizás, una explicación para la aparición de la pieza en Matto Grosso, hallazgo aislado hasta ahora.

Entre las numerosas puntas de flecha, de piedra y de hueso, no hemos descubierto ningún tipo que podríamos adjudicar como propio a los productores de esta alfarería; las costumbres mortuorias se limitaban al entierro secundario en urnas, tanto de párvulos como de adultos, sin agregar ningún ajuar especial.

Resumiendo lo expuesto, fijaremos las características de esta alfarería de la manera siguiente:

a.- técnica:

materia prima: arcilla de los bancos aluvionales del río;

desgrasante: arena;

construcción: por rodetes;

cocción: completa, sin alcanzar los 1000 grados.

b.- decoración:

urnas: apéndices simplemente cónicos o con terminación zoomorfa; pintadas exteriormente con negro de humo; frecuentemente con bandas en relieve al pie del cuello, entre los apéndices;

campanas: líneas rectas incisas, aisladas o en haces, a veces formando figuras geométricas; bandas en relieve y representaciones antropomorfas.

II.

Influencias chaqueñas.

Al tipo de alfarería que luego pasaremos a señalar, hemos aplicado como distintivo el término "Influencias chaqueñas", sin que ello signifique que necesariamente y exclusivamente hayan procedido de esos lugares, sino que las tribus que aparentemente han sido sus productores, habitan en la actualidad la parte Oeste del Gran Chaco; en las formas de esta alfarería se nota además una fuerte influencia guaraní, siempre que se admita que hayan sido copiadas de estos pueblos, y que no haya sido vice-versa.

Es indudable que Santiago del Estero, al tiempo de la conquista, ha estado poblado en su mayor parte, tanto en el río Dulce como en el Salado, por los "Tonocotés", quizás nombre propio de una tribu que los españoles han conocido primero cuando entraron en esta parte, y que extendieron luego, sin reparar en las diferencias étnicas y lingüísticas, como nombre colectivo a los pueblos indígenas que no ofrecieron mayor resistencia y se sometieron con toda facilidad. Así fué como pudieron constituir con ellos las numerosas "encomiendas" de las que nos hablan los documentos históricos. Según Lozano, el P. Barzana aprendió en Santiago el idioma "tonocoté" que luego le sirvió para ejercer su misión en Concepción del Bermejo entre los Matarraes que indistintamente llama también "Tonocotés". Al parecer, este idioma se hablaba en toda la costa del Bermejo, desde Concepción hacia el Oeste, incluyendo también a los llamados "Lules chicos", los Oristiné, Toquistiné e Isistiné, cuyos nombres desaparecen bien pronto de la documentación histórica. Estos "Lules chicos" no deben confundirse con los "Lules grandes o del Aconquija" cuyo "habitat" debe haberse limitado a las llanuras de la actual provincia de Tucumán desde el límite con Salta en el Norte (La Candelaria) hasta un punto en el Sud, donde se encuentran los límites de Catamarca con los de Santiago del Estero y Tucumán, según la documentación arqueológica que hasta hoy conocemos. Esta interpretación estaría de acuerdo con Machoni^I quien ha actuado entre los Lules chicos, cuando denomina su conocida gramática y vocabulario "Lule-Tonocoté", a pesar de que manifiesta en la misma que no ha conocido ningún "Tonocoté". No debe sorprender esta manifestación, por cuanto ya se había olvidado esta denominación cuando él se encontraba en esa región.

Hay otro detalle que permitiría deducir una estrecha afinidad entre los pobladores del Sudoeste del Chaco y los habitantes de Santiago del Estero. Brinton menciona que aquellos acostumbraban vivir en poblaciones cerradas, rodeadas de palisadas, dado su carácter pacífico, y dedicados a la agricultura y al comercio, lo que coincidiría con los informes de los primeros conquistadores cuando describen los grandes "bohíos" que encontraron a su llegada a Santiago. El nombre "Tonocoté" desapareció en el siglo XVII, para designar, más tarde, a los mismos pueblos con el nombre de Mataco-Mataguayos. Brinton admite que los Mataco-Mataguayos hayan sido los primeros habitantes del Sudoeste del Chaco, y no sería nada extraño que de allí se hayan extendido, ya en tiempos remotos, a las llanuras de Santiago, donde encontraron idénticas condiciones de vida. Ahora veremos qué parte del acervo arqueológico de Santiago puede atribuirse a estos pueblos.

Consideramos como perteneciente a este grupo una alfarería cuyos fabricantes no han empleado pinturas para la decoración de sus vasos, y que comprende urnas funerarias y pucos. La materia prima usada es la misma de toda la alfarería encontrada en la zona explorada, quiere decir que proviene de los depósitos aluvionales de la costa del río Dulce. El desgrasante utilizado por estos alfareros ha sido arena, especialmente en la zona alta (ver Mapa N° II), donde aparece, sin otros agregados en el yacimiento -b- Acosta. Este yacimiento debe haber estado ocupado durante largo tiempo, a juzgar por la cantidad de material arqueológico acumulado y por la escala de conservación de los restos óseos bajo iguales condiciones climáticas e idéntica composición del suelo. En la zona baja, p.e. en el yacimiento -j- Vilmer Norte, se observa una evolución del método de desgrase, habiéndose empleado primitivamente arena y después tuestos triturados; establecemos este orden cronológico en base al estado de conservación de los restos óseos depositados en las urnas funerarias.

La forma de las urnas es subglobular hasta globular en algunos casos, en lo que coinciden con la mayoría de las urnas funerarias santiagueñas, excepto las descritas en el capítulo anterior. La diferencia se hace notable en la parte superior de la pieza donde se intercala entre el cuerpo y el cuello, propiamente dicho, una, dos y hasta tres secciones en forma de anillo, de hasta 10 centímetros de altura, cuyo diámetro disminuye hacia arriba. El cuello mismo sigue la tendencia de disminuir la abertura, por lo que las paredes, lisas, sin labio, están inclinadas hacia adentro. (comparar las figuras 4 - 11 - 12 - 17 - 19 - 21 - 24 - 39 - 64 - 115 del Cuadro Sinóptico de Formas adjunto que en adelante designaremos con las letras C.S.F.). Estas curiosas divisiones se encuentra frecuentemente en la alfarería guaraní, pero sólo en base a esta similitud no es posible establecer relaciones. Las urnas que exhumó Boman en San Francisco (provincia de Jujuy), publicadas por Nordenskiöld, poseen las mismas características.

Todas las urnas que estudiamos en este capítulo tienen asas planas, sin agujero, comunes en la alfarería santiagueña, pero su ubicación varía según el sistema de construcción de las mismas. Así resulta que las urnas globulares, construidas enteramente por el sistema de los rodetes, tienen las asas ubicadas en el tercio inferior, mientras

materia prima: arcilla de los bancos aluvionales del río;

desgrasante: tiestos triturados y valvas molidas;

construcción: por mitades con asas planas; (¿uso de moldes?)

preparación de la superficie destinada a la decoración: perfecto alisamiento, recubrimiento especial con una pasta muy fina y un color determinado (engobe);

decoración pintada: colores rojo y negro;

cocción: perfecta; en las piezas engobadas se nota que ha sido practicada en lugares bien abrigados con dispositivos especiales que aseguraban una fuerte corriente de aire con altas temperaturas.

b. elementos decorativos.

diseños geométricos: líneas en zig-zag, en urnas funerarias siempre en negro, en ceremoniales, combinando los colores rojo y negro; en algunas de estas aparecen conos truncados coronados por dos triángulos, al parecer una representación ofidiana; en los pucos, generalmente, líneas rectas o circulares formando grecas;

representación antropomorfa: en relieve, a veces completada con pintura negra.

B. Armamento y útiles domésticos.

no difieren de lo señalado para la primera ola.

en ella, lo que significaría que debe desecharse la hipótesis de que se trata de un pueblo autóctono, sino que deben buscarse afinidades con culturas foráneas para establecer su probable origen. Examinando el material que ha servido para la fabricación de estos vasos, resalta el esmero con que ha sido depurada la materia prima; como desgrasante han sido empleados tiestos triturados y valvas molidas de moluscos. Todo el material ha sido reducido previamente a un polvo fino antes de emplearlo en la construcción de las piezas. La decoración ornitomorfa descrita y las asas planas son indudablemente de origen local, no así la construcción por mitades la que está señalada también para los Araucos del Amazonas y sus afluentes. Por consiguiente, existen tres puntos de contacto con la alfarería amazónica, lo que permite pensar en la posibilidad de una inmigración del Norte, que se habría producido en tiempos más o menos remotos, y antes de que los mismos pueblos amazónicos perfeccionasen su técnica alfarera. Se trataría en este caso de una primera ola a la que corresponden en su posterior desarrollo local, la creación de las asas planas y el empleo del buho como elemento decorativo. La segunda ola, constituida a nuestro modo de ver por Araucos, trajo la técnica alfarera ya muy perfeccionada: el engobe que exige una doble cocción, y la cocción definitiva en dispositivos especiales que evitan las influencias climáticas y garantizan un fuerte tiraje de aire por lo que se llega a altas temperaturas (más de mil grados) que hacen posible la fundición del material. Con la llegada de los Araucos tanto las formas como la técnica de la decoración adquieren expresiones más artísticas. Los hermanos Wagner vieron la diferencia que existe entre los dos tipos de alfarería descritas las que designaron con las letras "A" y "B", pero sin definir cuál era la más antigua ni su probable procedencia. A la primera ola, según las características señaladas por los hermanos Wagner, correspondería la rama "B", y a la segunda ola la rama "A" con su engobe y con su decoración policroma.

La sepultura de los muertos se ha practicado en Santiago del Estero en las formas que se señala en el cuadro siguiente:

1)- en tierra.

- a) cuerpo estirado, posición decúbito-dorsal, sin orientación especial;
- b) sentado, las rodillas cerca del mentón, la cabeza inclinada, mirando generalmente hacia el Este.

2) -en urnas.

- a) entierro primario en urnas; posición del cuerpo como se ha señalado en 1-b;
- b) entierro secundario en urnas, tanto de párvulos como de adultos; la colocación de los huesos es siempre la misma: los huesos chicos y las costillas en la parte inferior de la urna; encima de los mismos aparecen los huesos largos ubicados horizontalmente a la altura del ecuador, y encima de estos el cráneo. Hemos encontrado desde uno hasta tres individuos en una sola urna; a veces el cráneo estaba separado y colocado en otra urna a la par.

Los productores de los dos tipos que consideramos correspondientes a influencias amazónicas, practicaban el entierro secundario en urnas, mientras los casos de entierro primario podrían señalar una influencia guaraní-caribe. Así mismo debemos adjudicar a ambos pueblos la mayoría de los trabajos en hueso, tanto objetos de adorno, algunos primorosamente tallados, y útiles domésticos; además puntas de lanza y puntas de flecha. Estas tienen un largo de 50 hasta de 220 milímetros, mientras el ancho varía entre 15 y 20 milímetros.

Las características del material arqueológico correspondiente a ambos grupos serán las siguientes:

Primera ola.

A.- Alfarería.

a.- técnica.

materia prima: arcilla de los bancos aluvionales del río;

desgrasante: tiestos triturados y valvas molidas;

construcción: por mitades con asas planas; (¿uso de moldes?)

preparación de la superficie destinada a la decoración: buen alisamiento, tanto interior como exterior; el lado destinado a ser decorado fué pintado primero íntegramente en los colores ocre amarillo, desde el claro hasta el oscuro, y ocre rojo de tono subido; para las decoraciones pintadas sobre este fondo, se usaba exclusivamente el negro;

cocción: completa, sin haber llegado a 1000 grados de calor, lo que presupone la ejecución de la misma a fuego abierto.

b.- elementos decorativos.

el buho con sus atributos, y probablemente, líneas geométricas sencillas.

B.- Armamento y útiles domésticos.

a.- Puntas de lanza y puntas de flecha: planas, de diferente largo y ancho, con o sin pedúnculo, fabricadas de hueso;

b.- objetos de adorno, implementos de trabajo y útiles domésticos: el material empleado ha sido siempre el hueso, procedente de diferentes animales, según el fin a que estaba destinado el objeto.

Segunda ola.

A.- Alfarería.

a.- técnica.

lágrimas pueden existir o no. Esta decoración no parece propia de los indígenas estudiados en el capítulo anterior por cuanto no la hemos observado en la zona alta (ver Mapa N° II), pero significaría que los que se ubicaron en la zona baja, encontraron allí un pueblo que usaba como elemento decorativo la representación de un pájaro. En efecto, en la zona baja, en las llanuras de Santiago del Estero, debe haber vivido un pueblo que practicaba el culto de un pájaro que, por sus atributos muy naturales, puede identificarse con una lechuza, probablemente la más grande que existe en esta provincia, conocida con el nombre quíchua "Quitilipi", *Buho magallanicus*. El área de dispersión de este elemento decorativo ocupa solamente una parte reducida del vasto territorio de esta provincia, lo que indicamos en el plano al final de este capítulo con una línea quebrada (IIIA), limitado al Norte por el río Salado, al Sud por el paralelo 30, más o menos, al Este y al Oeste por los meridianos 62 y 64 respectivamente. Esta extensión abarcaría los actuales departamentos de Salavina, Aguirre, Avellaneda, Sarmiento, San Martín, Taboada, Robles, Matará, Figueros y Banda. ¿Habrán sido los sanavirones?, que vivían al tiempo de la conquista, en número muy reducido, en un lugar que debe ubicarse en el actual departamento de Salavina, y de los cuales dice la relación de Sotelo de Narvaez (1583?) que "son tan pocos que no se necesita aprender su idioma". Los primeros conquistadores y cronistas informaron que los pobladores de Santiago ofrendaron sacrificios al "Cacanchig", para granjearse su buena voluntad. Este nombre correspondía a un espíritu maligno, y no es nada difícil que la superstición y el misticismo innatos de estos aborígenes haya elegido al "Quitilipi" para representarlo. Verdaderamente es impresionante, en noches claras, ver esta ave de gran tamaño cruzar el espacio en vuelo sigiloso. La efigie de esta ave aparece tanto en urnas como en pucos; en estos últimos siempre del lado interior. Es indiscutible que los fabricantes de esta alfarería han sido artistas adelantados en lo que respecta a la técnica cerámica, a pesar de que visiblemente no han conocido ni el engobe ni la decoración policroma con los colores rojo y negro. En cambio, ellos sabían construir las urnas por mitades, técnica que Theodor Koch-Grünberg informa haber encontrado entre los Araucos del Ypané, afluente del Río Negro que, a su vez, desemboca en la margen izquierda del Amazonas. A nuestro juicio, a este pueblo santiagueño se debe adjudicar la invención de las asas planas, tan características para la alfarería de esta provincia.

El buho está representado generalmente completo; nunca se ha olvidado señalar en su cabeza las tres plumas sobresalientes de cada lado y sus grandes alas. En tres urnas funerarias que contenían restos de adultos, una de Chaupi-Pozo (fig. 1 del C.S.F.) y dos de Beltrán (figs. 114 y 115 del C.S.F.) hemos encontrado ciertos detalles que se vinculan con el buho, pero en su aspecto general son tan diferentes, que su pertenencia al grupo amazónico parece dudoso. Realmente, las dos urnas de Beltrán han ocupado un lugar prominente dentro de la abundancia de material arqueológico de ese yacimiento; estaban ubicadas cada una al pie y al lado Sud de un túmulo. La urna N° 115 ha sido además la única que conocemos en la cual han aparecido restos de cuentas de un collar (ajuar funerario?), fabricadas de las conchas de un bivalvo; al lado de la misma se encontró otra urna chica de construcción rústica que contenía una flauta de hueso con cuatro agujeros.

Es muy posible que las estatuillas que hemos encontrado con cierta frecuencia, principalmente en los yacimientos de la zona baja, tengan algo que ver con el culto al "Cacanchig". La ejecución de las mismas recorre toda la escala desde lo más rústico hasta el modelado fino; rara vez están engobadas. En algunos casos representan la figura humana entera, de pie a cabeza y vestida, y otras veces se ha modelado solamente la cabeza y la parte superior del torso. La cara, generalmente sin boca, con excepción de las piezas engobadas, tiene una expresión ornitomorfa, mientras el cuerpo es siempre antropomorfo, y corresponde exclusivamente a un individuo del sexo femenino, indicado por los senos de manera inconfundible. Nunca hemos encontrado una estuilla del sexo masculino. Recordamos una manifestación del lingüista P. León Strube que en los idiomas indígenas el término para designar al espíritu maligno, a "Satanas", ha sido siempre femenino, y eso podría ser una explicación para el carácter y el destino de las estatuillas mencionadas.

La decoración ornitomorfa, representando al buho en forma tan natural, no la conocemos de ninguna otra parte; no se puede hablar de estilizaciones; en las distintas piezas cambia el tamaño de la figura, pero se conserva inmutable la efigie del ave mencionada. En ningún vaso existen más de dos representaciones del buho, pero cuando aparece la aleación antro-po-ornitomorfa, su número aumenta a cuatro, en los pucos con decoración policroma. Sin embargo, ambas decoraciones tienen un rasgo común: donde existen dos aves contrapuestas, son de diferente tamaño, lo que se observa también en los pucos respectivos con decoración policroma, dividida en cuatro secciones; un par de las figuras contrapuestas es más grande que el otro. El hecho de que en un puco procedente de Beltrán y decorado únicamente con dos buhos, habíamos encontrado encima de la cabeza del ave más grande, en el borde del vaso, dos elevaciones yuxtapuestas (los mamelones de Métraux), y encima de la cabeza del ave más chica, siempre en el borde, la cabeza de un batracio, nos indujo a pensar que con estos atributos sus fabricantes han querido señalar el sexo que correspondía a cada una de las figuras. Si así fuera, y la diferencia del tamaño fuese deliberada, habría que admirar el espíritu de observación de esa gente, porque coincidiría con el hecho de que entre las aves de rapiña, las hembras son más grandes que los machos.

La técnica alfarera del pueblo cuyo elemento decorativo principal ha sido el buho, es bastante adelantada, aunque no se nota ninguna evolución paulatina y progresiva

taba cubierto simplemente por la mitad de una urna chica, perteneciente a la alfarería negra. En ambos casos se había depositado el cráneo al Norte de la urna que contenía el cuerpo. En la parte Sud del yacimiento de Quiroga encontramos también dos urnas a la par, una de ellas bastante rústica, con pucos-tapas de decoración policroma, aunque la ejecución de estos pucos no está a la altura de los similares de Vilmer Norte. Otra diferencia consiste en que cada una de estas urnas contenía un individuo completo.

Si la prolijidad con que estos artifices han procedido en la preparación de la pasta, el esmero y la acabada técnica que acusa la fabricación de todos los vasos, han sido notables, se debe admirar aun más la meticulosa preparación de la superficie, destinada a la decoración ulterior. En efecto, antes de iniciar la decoración que siempre es pintada, la superficie ha sido recubierta con una especie de barniz compuesta de arcilla finísimamente molida, mezclada con ocres de diferente color. Cuando se combinan en los diseños los únicos dos colores empleados, el rojo-bermellón y el negro, el recubrimiento tiene siempre un color claro (crema); es muy raro encontrar en Santiago del Estero una pieza o un fragmento que presente un fondo verdaderamente blanco, lo que hace dudar si el color del fondo ha sido originariamente amarillento, o si debe su matiz a influencias extrañas posteriores. Nosotros nos inclinamos a aceptar la primera hipótesis por cuanto el mismo tono se prolonga debajo de la pintura de los diseños donde difícilmente han podido obrar agentes extraños. El recubrimiento amarillo ocupa solamente la parte destinada a la decoración policroma que en los pucos alcanza generalmente dos terceras partes de la altura total, mientras que en las urnas chicas, las que en adelante y en contraposición a las funerarias, llamaremos ceremoniales, llega hasta el Ecuador. Ambos casos tienen de común que desde la línea divisoria hacia abajo, su color es rojo subido; además la línea divisoria está señalada especialmente con una franja negra, dentada en la parte inferior con triángulos obtusos. Para este recubrimiento parece generalizarse el término "engobe", versión castellanizada de la palabra francesa "engobe", que determina muy bien la técnica empleada; además, según referencias, se ha generalizado en la actualidad entre los alfareros de la península ibérica. Es muy raro encontrar una pieza engobada de ambos lados cuyo procedimiento se ha aplicado únicamente a la superficie a decorarse. Cuando se ha dado al engobe color marrón en todos los tonos o rojo, cubre uniformemente toda la superficie; en este caso, la decoración se ha ejecutado siempre en negro. Debido a la diferente preparación, el coeficiente de contracción de la pasta del engobe es menor que el del material del cuerpo. Los fabricantes de estos vasos han sabido solucionar este problema con toda facilidad, como atestigua el perfecto estado de conservación de los mismos y es, por otra parte, un índice seguro del gran adelanto técnico de estos consumados alfareros. El extraordinario brillo del engobe se ha conseguido mediante frotamiento antes de decorarlo, por cuanto continúa invariable debajo de la misma, mientras ésta rara vez lo posee.

Los elementos de decoración son por demás simples, y consisten en sencillas líneas negras que rodean en zig-zag la parte superior del cuerpo. Este diseño aparece tanto en piezas engobadas como en las sin engobe, aunque preferentemente en las segundas. De estas figuras geométricas primitivas se desarrollan más tarde diseños más complicados formando grecas con ángulos rectos, tanto en urnas como en pucos, combinando a veces bellamente los dos colores rojo y negro. Los vasos respectivos están generalmente engobados. Grecas formadas por líneas curvas se encuentran tanto en vasos engobados como en los sin engobe, sobre un fondo rojo o marrón; en este caso se ha empleado siempre el color negro. Las líneas simples, mencionados al principio de este apartado han tenido aun mayor evolución. En efecto, entre los triángulos abiertos que forman la línea en zig-zag, se ha intercalado cortos trechos horizontales sobre los cuales se han dibujado conos truncados, mirando una vez hacia arriba y otra vez hacia abajo. Sobre la parte truncada se han asentado a su vez dos triángulos en cuyo centro aparece un punto que se asemeja a un ojo. Las líneas sobre las cuales se ha desarrollado el dibujo, según el tamaño de la vasija, son bandas enteras o tres a seis a la par de menor ancho. En esta decoración se han combinado los colores rojo y negro en expresiones verdaderamente artísticas, alternándose cuidadosamente. La parte decorada en las urnas chicas ceremoniales es siempre la superior, mientras la inferior es simplemente roja. Las variantes que existen no deben apreciarse como diferencias básicas, sino más bien como expresiones particulares de cada artista, como la firma y el sello del mismo.

La representación antropomorfa aparece siempre en relieve y solamente en urnas funerarias; sus rasgos fisionómicos recuerdan las caras de Marajó, Santarem y Napo. El contorno de la cara está marcado con una tira de pasta que, a veces, se cierra en todo el perímetro y otras veces está abierto en la parte inferior. Se destaca la nariz aguileña y los ojos oblongos y horizontales, cerrados; la línea que divide los párpados está claramente indicada. Muchas veces se encuentran debajo de los ojos líneas incisas o pintadas de diferente número que cruzan los pómulos, las que consideramos indicación de lágrimas cuando cortan el párpado inferior, y como tatuajes cuando parten de una línea trazada debajo de los ojos. Estas representaciones antropomorfas son de un realismo sorprendente, y rara vez falta la boca en ellas. La boca empieza a faltar cuando la cara humana pierde su carácter originario, cuando se destaca en mayor grado los arcos superciliares en cuya intersección se ha ubicado generalmente la nariz; en este caso, la línea que limita el perímetro, pierde también su tipo original y está ejecutada conforme a las obras en relieve descriptas en el capítulo II. Los ojos ya no son oblongos, sino redondos, dando la impresión de una representación ornitomorfa; la boca falta siempre, mientras las

III. Influencias amazónicas.

Iniciamos este capítulo con una frase de Paul Ehrenreich: "donde quiera que aparezca una hermosa alfarería, deben haber estado Arauacos". En efecto, opinamos que la maravillosa cerámica que en tanta abundancia los hermanos Wagner han reunido en el Museo Arqueológico de la provincia, y cuya existencia había sido señalada antes por Moreno, Ambrosetti y Quiroga, sin omitir a Burmeister y Ameghino, a quienes corresponde por lo tanto la prioridad, pertenece al acervo arqueológico y artístico de estos pueblos que en su éxodo del primitivo "habitat", la cuenca del Amazonas medio e inferior y el Sud de Venezuela, han llegado hasta Santiago del Estero. Mencionaremos aquí que, según Ehrenreich, la designación "Arauacos" no es el verdadero nombre de estos pueblos, sino que les fué dado por los españoles generalizando el nombre de uno de sus caciques, hecho común en los primeros tiempos de la conquista. Según el autor citado, el nombre que les corresponde, es "Lukkunu". Está fuera de duda que, en épocas más o menos remotas y en una o varias ocasiones, se han producido en la cuenca del Amazonas grandes movimientos de poblaciones enteras que, en su mayor parte, siguieron aguas arriba la corriente de este río. Entre estos pueblos deben haberse encontrado los Arauacos que, sedentarios desde siglos atrás, habían alcanzado un alto grado de cultura en cuanto a sus expresiones artísticas y a sus medios de vida (agricultura). Pero, como siempre sucede, aparejado con su sedentarismo, con su desarrollo material y espiritual, habían perdido el empuje salvaje de los pueblos primitivos, y ante el avance de éstos (probablemente Caribes), prefirieron abandonar los lugares acostumbrados y emprender el camino a lo desconocido en busca de mejores posibilidades de vida. Según parece, esta migración se ha producido por ambos márgenes del río Amazonas. La columna que remontaba por la margen izquierda del río, parece haberse desviado después hacia la cordillera siguiendo el curso de uno de sus grandes afluentes para llegar finalmente a la costa del Pacífico, hecho que insinúa la aparición de su técnica alfarera entre los Chinchas. Núcleos que se habrán desprendido en el camino existen hoy todavía en el altiplano de Bolivia. Las tribus arauacos que avanzaron por la margen derecha del Amazonas no se han internado en la cordillera y han seguido costearo las estribaciones orientales de la misma hasta llegar al Chaco y finalmente a Santiago del Estero.

El área de dispersión de la alfarería arauaca llega en Santiago del Estero hasta 27°30' de Latitud Sur, sobre el río Dulce, yacimientos de Vilmer Oeste y Norte, y sobre el Salado hasta 28°30' (Averías). Hacia el Oeste hemos encontrado el último paradero en la parte Sud de Quiroga, mientras en Acosta, tres leguas más al Norte, apareció un sólo puco de indudable factura arauaca usado como tapa de una urna de tipo chaqueño. De allí hasta Catamarca no conocemos ninguna pieza que correspondiera a esta clase de alfarería. Su aparición en esa provincia, ¿no se deberá a otras razones que las que se le asigna hasta ahora? En el capítulo siguiente daremos nuestra opinión al respecto.

Los insignes alfareros arauacos han impuesto su técnica y su arte doquier han llegado, como podemos observar aun en tiempos más modernos en la llamada alfarería chiriguana, pueblo que en su migración del Paraguay a la parte Este de Bolivia, se había apoderado de mujeres Chané, una tribu arauaca, que tenía sus asientos sobre la costa Norte del río Pilcomayo; restos de este pueblo existen en la actualidad entre los ríos Bermejo y Pilcomayo. Las alfareras arauacas han empleado la misma materia prima que los fabricantes de la alfarería descrita en los capítulos anteriores, pero han procedido con mucho más esmero en la preparación de la pasta, separando prolijamente todas las impurezas, piedritas, etc. En ningún caso han empleado arena como desgrasante, sino tiestos triturados y, a veces, conchallas de moluscos, finamente molidas, con lo que consiguieron un material especialmente apto para el arte alfarero que, por un lado, conservaba suficiente plasticidad, y por otro lado, evitaba que la estabilidad de los vasos corriese peligro durante la cocción. Esas cualidades permitieron a las alfareras reducir el espesor de las paredes a la medida deseada que a veces no pasa de dos milímetros. Hemos encontrado urnas chicas de fabricación muy fina y de formas elegantes como puede apreciarse en las fgs. 60 y 61 del C.S.F.; no conocemos ningún caso en que este tipo de urnas haya contenido restos óseos. Las urnas funerarias que, a nuestro juicio, corresponden a esta alfarería, han sido siempre simples, si bien perfectamente construidas y alisadas de ambos lados, pero sin decoración alguna. Tenemos la impresión de que los fabricantes de esta hermosa alfarería no han practicado comunmente el entierro secundario en urnas, que haber estado reservado para personajes prominentes. Para esta aseveración nos basamos en los hallazgos del túmulo 57 del levantamiento topográfico del yacimiento Vilmer Norte, donde encontramos entre otras, cuatro urnas puestas en fila al Este y al pié del mismo. Estas urnas, designadas en el esquema adjunto con los números 4, 5, 6 y 7 formaban dos pares, separados un metro entre sí; el par del lado Norte componían dos urnas iguales de las cuales una contenía todos los huesos y la otra solamente el cráneo. Ambas estaban tapadas con hermosos pucos de decoración polícroma, además el cráneo tenía como tapa especial un fragmento de la misma decoración de la tapa. El segundo par consistía en una urna igual a las anteriores, conteniendo los huesos, mientras el cráneo, separado y colocado al lado, es-

guiente. En efecto, entre 9 urnas funerarias del tipo que estudiamos y que proceden de este paradero, dos se encontraron al pié de un túmulo, una al Oeste y la otra al Este; las siete restantes estaban depositadas en los taludes de los mismos, sin tener en cuenta la orientación.

Como armamento característico de los pueblos de este grupo, opinamos que deben considerarse las puntas de flecha cortadas a bisel, las que aparecieron siempre en los lugares que proporcionaron alfarería de este tipo. Las palabras del P. Florian Paucke, ("Hacia allá y para acá", II. tomo, p. 161 y siguientes, traducción Wernicke), parecen confirmar nuestra sospecha que estas puntas de flecha son propias de los pueblos chaqueños. Para más claridad transcribiremos textualmente lo dicho por el P. Paucke:

"...El palito (asta de la flecha) se ahueca arriba en hondura de dos pulgadas; en esta meten un palito de un cuarto de vara de largo, raspado en redondo de madera dura pero completamente puntiagudo. Luego toman un huesito de un dedo de largo de las patas de los grandes zorros monteses, a ese lo hacen filoso por dos lados y sumamente puntiagudo. Como es hueco, se coloca en la punta de madera y se dispara (la flecha). La herida causada por este huesito duele de un modo sobremanera fuerte; yo lo he sentido en mi mano derecha la que he podido curar apenas en dos meses. Lo peor es cuando este huesito penetra en el vientre hueco, la vida del herido se termina pues aunque ellos pueden retirar la flecha, queda encajado sin embargo el huesito. Lo mismo ocurre cuando la flecha traspasa la carne gruesa.....Otras tienen las puntas hechas de una caña que cortada filosa y puntiagudamente tiene especial efecto de envenenar la herida de tal manera que el herido no se escapa con vida..."

Este autor narra también los efectos venenosos de estas puntas de flecha por cuanto los que las usaban, acostumbraban afilar la punta en un extremo muy delgado o señalar cierto trecho con los dientes, para que se cortara al entrar en la herida provocando así la inevitable infección. Otro dato más reciente, dá aun más fuerza a nuestra hipótesis. El profesor Enrique Palavecino quien ha visitado en los últimos años las poblaciones indígenas chaqueñas, requirió cierto día de un Mataco que le fabricara una punta de flecha, a lo que éste accedió tomando un hueso de zorro (mamífero cuyos huesos han sido los preferidos también según Paucke) cuya punta cortó a bisel, arreglando el otro extremo de tal manera que existiera un agujero para ensartar esta punta en la asta. (comunicación verbal).

Las características del material pertenecientes a este grupo, serán la siguientes:

A.- Alfarería.

a.- técnica.

materia prima: arcilla de los bancos aluvionales del río;

desgrasante: arena y tiestos triturados;

construcción: las urnas por mitades, la alfarería chica por rodetes;

cocción: completa, sin alcanzar los mil grados.

b.- decoración.

urnas funerarias: recubrimiento rústico decorado con los dedos; adornos en relieve en la parte superior del cuerpo cerca de la base del cuello;

lucos: recubrimiento rústico sin decoración alguna.

c.- elementos decorativos: conos formando una especie de collar cerca de la base del cuello; bandas de pasta superpuestas con impresiones de los dedos o incisiones en el plano superior.

B.- Armamento:

Puntas de flecha de hueso cortadas a bisel.

en las subglobulares, - construida por separado la parte superior y la inferior -, se encuentran en el ecuador, sirviendo de tapa-junta o llave. A medida como se suprimieron posteriormente las divisiones, se agregó al cuello inclinado hacia adentro primero un labio, después se enderezaron las paredes en sentido vertical conservando el labio doblado para afuera, formando el extremo, a veces, una línea ondulada. (ver fig. 48 bis del C.S.F.)

Las superficies interiores, tanto de las urnas como de los pucos, han sido siempre bien alisadas, mientras a la exterior se la ha recubierto con el mismo material que ha servido para la construcción del vaso, practicándole una especie de decoración con los dedos, estando aun fresco. Este decorado consiste en surcos verticales, horizontales o irregulares, trazados con cuatro dedos. En una urna que poseemos, procedente del yacimiento de Beltrán, se han apartado de esta regla general trazando surcos ondulados con sólo dos dedos que rodean horizontalmente el cuerpo de la urna. Estos pares de surcos están separados entre sí, sin coincidir en su lineamiento. Esta decoración podría constituir otro punto de contacto con la alfarería guaraní, aunque en nuestro caso fué producido con las yemas de los dedos, mientras el "imbricado" guaraní es digito-unguicular. Uhle y Nordenskiöld han considerado la decoración con los dedos como lo más primitivo. En una urna funeraria, también procedente de Beltrán, aparecen en lugar del decorado con los dedos, impresiones de una mazorca de maíz.

La decoración en relieve se encuentra siempre en la parte superior del cuerpo de la urna cerca de la base del cuello y consiste una vez en tiras de pasta superpuestas que rodean el gollete en forma de collar, otras veces están interrumpidas presentando la figura de una "S" tendida. Esta tira tiene un ancho de 6 a 8 milímetros y una altura que varía de 2 a 5 milímetros. El plano superior de la misma está adornado con impresiones, producidas en la mayoría de los casos con la yema del dedo, pero también con un instrumento de punta roma. La segunda expresión de esta técnica se presenta en conos aislados, de base circular o cuadrada, de una altura de 3 a 20 milímetros. Estos conos forman desde una a cuatro hileras que rodean el cuerpo de la urna en una o varias líneas quebradas. Debe tenerse presente que esta decoración en relieve, aunque a veces parezca imitar ataduras, no se puede confundir con la cordelería arauaca. La alfarería chica, los pucos, poseen en su mayoría también el recubrimiento rústico, pero no conocemos ningún caso en que hayan sido decorados con los dedos, o tengan una decoración en relieve. En cambio, se observan elevaciones en el borde cuyo número varía de 2 a 6, a veces aisladas y otras de dos yuxtapuestas, de la manera que Métraux ha llamado "mamelones".

La cocción es buena, en general, sin haber alcanzado en ningún caso los grados de temperatura necesarios para que la materia se fundiera, de lo que podríamos deducir que ha sido hecha a fuego abierto.

La relativa abundancia de las urnas descriptas, permite deducir que sus fabricantes han pertenecido a tribus numerosas que practicaban el entierro secundario en urnas, como costumbre mortuoria. Debemos hacer notar que todas las urnas de este tipo, encontradas en la zona explorada (ver Mapa N^o II), contenían restos de adultos, con excepción de las urnas figs. 65 y 66 del C.S.F. en las cuales estaban depositados restos de párvulos. Lo general parece haber sido la sepultura de un sólo individuo en cada urna; sin embargo, en la urna fig. 19 del C.S.F. aparecieron tres colocados según el mismo rito, quiere decir, los huesos chicos estaban ubicados en la parte inferior, como así también las costillas; encima de éstos, a la altura del ecuador, estaban colocados horizontalmente los huesos largos, sobre los cuales descansaba el cráneo; en el caso de la urna fig. 19, todos los huesos estaban entremezclados, mientras los tres cráneos estaban ubicados a la par encima de los huesos largos, el más grande en el centro, y uno más chico, a cada lado. Esta urna posee el recubrimiento rústico y la decoración hecha con los dedos, además tiras de pasta superpuestas de 10 centímetros de desarrollo, verticales, partiendo de la base del cuello. En esta urna aparece además un nuevo elemento decorativo, extraño a la decoración de las urnas de este grupo, que consiste en dos cabezas de felinos vertiendo lágrimas. A pesar de poseer decoración en relieve y estar decorado con los dedos, parece algo dudoso si se debe incluir en este grupo a la urna fig. 65 del C.S.F. que contenía restos de párvulo, por cuanto difiere en la forma (globular con un cinturón bien redondeado a la altura del ecuador), en la preparación del material y en la técnica de construcción; además se nota la tendencia de alcanzar mayor altura dando al cuello mayor desarrollo. El color del material es gris-oscuro. La otra urna que contenía restos de párvulo, fig. 66 del C.S.F., resulta aun más difícil de incluir en el grupo que estudiamos. La forma de la pieza parece calcada sobre la anterior, pero el cuello conserva la altura normal; además posee dos asas verticales sobre el cinturón que parecen destinadas a asegurar una soga para colgarla. El cuerpo de la misma ostenta la decoración en relieve que rodea el cuerpo en línea quebrada, pero falta el recubrimiento rústico y la decoración con los dedos. En cambio, la superficie ha sido pintada en ocre-claro y negro; se nota que la decoración pintada ha formado ciertas figuras que no es posible descifrar. Finalmente debe hacerse notar que los restos humanos, en todas las urnas, han sido siempre rodeados y cubiertos con arena, mientras la parte superior de la urna estaba rellena con tierra del lugar que debe haber entrado después accidentalmente. Como tapas se han utilizado los pucos descriptos anteriormente. La cocción de las piezas pertenecientes a este grupo, si bien completa, ha sido ejecutada con medios rudimentarios, a fuego abierto.

La ubicación de las urnas funerarias de este grupo, en relación con otros tipos, se ha podido estudiar especialmente en el yacimiento -j-, Vilmer Norte, compuesto de una serie de túmulos de distinto aspecto, que trataremos más detenidamente en el capítulo si-

IV.

Rastros andinos.

El término "andino" debe ser entendido en el sentido estrecho de la palabra, quiere decir, refiriéndolo únicamente a la parte cordillerana que se encuentra a la misma latitud de Santiago del Estero. En el sentido lato de la palabra, debería admitirse que todas las grandes culturas americanas son de origen andino cuya cuna habría que buscar en Centro América, de donde ha irradiado hacia el Norte y hacia el Sud, para bajar finalmente a las grandes llanuras al Este de los Andes.

Fiel al criterio sustentado en nuestra conferencia del mes de Agosto de 1943, que "para discriminar un acervo arqueológico, debe procederse por eliminación", hemos tratado en los primeros tres capítulos de este trabajo de separar del conjunto las expresiones culturales que menos dificultades ofrecieron para establecer su pertenencia, su probable origen y sus productores. La mayor parte del acervo arqueológico santiagueño está comprendido en los capítulos anteriores, y los pocos tipos que faltan considerar y que aparecieron en ciertos lugares y en cantidad reducida en comparación con los demás, orientan nuestra búsqueda hacia el Oeste. Trataremos de establecer a cuál de los pueblos del llamado Noroeste Argentino corresponden.

El término empleado generalmente para designar la o las culturas del Noroeste Argentino ha sido "diaguita-calchaquí", asignándoseles un vasto territorio, desde Casabindo en el Norte hasta San Juan en el Sud, aunque esta extensión no ha sido aceptada por todos los autores. En los últimos tiempos se han levantado voces que sostienen que deben separarse estos dos términos, que "diaguita" y "calchaquí" son dos culturas diferentes. Nosotros nos adherimos, sin reserva, a este criterio, solamente creemos que debe extenderse aun mucho más para llegar a discriminar el acervo arqueológico del Noroeste Argentino. Aceptamos los términos "diaguita" y "calchaquí", como "Civilización Chaco-Santiagueña" únicamente como expresión geográfica, para designar el o los lugares donde la respectiva documentación arqueológica ha sido hallada.

En los últimos 60 años, centenares de miles de piezas arqueológicas han sido exhumadas, las que hoy representan al Noroeste Argentino en todos los grandes Museos del Mundo. Un examen de ellas acusa "prima facie" una heterogeneidad tal, que es imposible pensar que puedan haber sido producidas por un sólo pueblo. Indudablemente existen asimilaciones que no es el caso tratar en este trabajo, pero la mayoría ha conservado los caracteres originales en forma pura, y la enorme abundancia del material atestigua la larga permanencia de sus productores en los distintos lugares. Dentro de esta mayoría se distingue claramente tres grupos principales: la alfarería negra de "Los Barreales", la alfarería "Calchaquí o Santamariana" y la alfarería negra de "La Candelaria". Limitados a ciertos lugares y en mucho menor cantidad aparecen otros dos grupos que han conservado la pureza de sus características. Así tenemos, formando el primer grupo secundario, a la alfarería exhumada por Debenedetti en el cementerio del Morro, Quebrada de Humahuaca, Provincia de Jujuy, la que, evidentemente, es del mismo origen de la alfarería encontrada en Condor Huasi, parte Sud del valle Calchaquí, y publicada por Serrano; este autor la denomina por el lugar donde ha sido ~~exhumada~~ hallada. De este mismo tipo se conocen algunas piezas de La Candelaria y otras de Santiago del Estero, donde aparecieron en los yacimientos de Soria y de La Cuarteada, conservando los elementos decorativos, pero de diferente técnica. Luego volveremos en detalle sobre el particular. De la alfarería que clasificamos como segundo grupo secundario no se conoce más que un sólo yacimiento: Las Mansas, ubicado en la Cordillera en medio de los paraderos de la alfarería negra, tipo "Los Barreales". En este yacimiento se han encontrado piezas de una singular belleza que por su técnica y sus elementos decorativos denuncian afinidades peruanas (comparar Kroeber and Strong, The Uhle Collection from Ica). Hay vasos que conservan aun el más puro estilo ~~que~~ paulatinamente se pierde, seguramente porque sus fabricantes ya no habían hecho su aprendizaje en el punto de origen, y no poseían ya las habilidades primitivas. En las colecciones del Instituto de Antropología de la Universidad Nacional de Tucumán se puede estudiar toda la escala de retroceso que se ha operado tanto en lo que se refiere a la técnica como a la decoración. Sin embargo, esta alfarería con la mínima expresión de la técnica primitiva aparece en muchas partes habiendo evolucionado en las representaciones figulinas. Tenemos la impresión que esta técnica tiene mucho que ver con la que encontramos en la alfarería llamada "Santamariana". No sucede lo mismo con los elementos decorativos. En un vaso del más puro estilo peruano encontramos, ejecutado en rojo y negro, un animal fantástico que vuelve a aparecer en la decoración incisa de la alfarería de "Los Barreales" que Lafone Quevedo primero, Boman y Greslebin después, llamaron "dragón", creando el término "alfarería draconiana". Como siempre sucede cuando alguien quiere interpretar una figura decorativa prehistórica, lo hace según su mejor entender, pero olvidándose que para tener una explicación clara y exacta, es necesario identificarse con el modo de pensar de aquella gente, y no partir de nuestros entendimientos actuales. Tarea por demás difícil, sinó imposible, por lo que el resultado de la mayoría de las interpretaciones no hace más que crear confusiones, en lugar de aportar beneficios. Así es que Levillier vé en este dragón estilizaciones de un felino. Un tercer tipo que

apareció en el Noroeste Argentino, de formas elegantes, técnica superior y decoración policroma, lo debemos identificar con la alfarería que hemos clasificado como perteneciente a la segunda ola amazónica. La aparición de esta alfarería en lugares aislados, distantes entre sí, y nunca en gran cantidad en un sólo punto, nos ha inducido a desistir de formar un tercer grupo secundario que la comprendería. Más adelante indicaremos las causas por las que, a nuestro juicio, se la encuentra en el Noroeste.

Respecto al primer grupo principal, la alfarería negra tipo "Los Barreales", creemos que sea la cerámica propia de los llamados "Diaguitas". Parece muy difícil que esta industria alfarera se haya desarrollado en los lugares, donde hoy la encontramos: esta industria ha llegado a la cordillera de Catamarca cuando ya había alcanzado la cumbre de su perfeccionamiento técnico. Estas afinidades nos dirigen al Perú, a la costa del Pacífico, cuna de la alfarería negra en América, desde el país de los Chimus hasta el istmo de Panamá. La prolijidad con que han procedido en la preparación de la pasta, reduciendo la materia prima a polvo, después de separar todas las impurezas, y el uso de tiestos triturados como desgrasante, permitieron a sus fabricantes a reducir a un mínimo el espesor de las paredes; el refinado gusto artístico que, en su mayor parte, revelan las formas de esta alfarería, y finalmente, la técnica de cocción, en lugares cerrados, sin corriente de aire, lo que provocaba que los gases de la combustión se depositasen sobre las paredes de las piezas y penetrasen en el material fresco, produciendo el hermoso color negro que, sin embargo, disminuye en su intensidad hacia el centro de la sección transversal. Los elementos de la decoración incisa, solamente en parte parecen producto de una evolución local; de toda manera, no se repiten en ningún tipo de alfarería de los alrededores.

Enclavado entre los yacimientos de alfarería negra hemos señalado la existencia del paradero de "Las Mansas", cuyo material hemos calificado como de estilo peruano. En uno de estos vasos que conserva aun el más puro tipo, aparece, pintado en dos colores, un animal fantástico que se relaciona evidentemente con el "dragón" de la alfarería incisa. Estas afinidades técnicas y el probable origen común, Perú, no significa necesariamente que los fabricantes de ambos tipos hayan pertenecido al mismo pueblo, ni que hayan inmigrado al mismo tiempo, sino que su procedencia debe buscarse en la misma región geográfica. Esta inmigración debe haberse operado en tiempos bastante remotos, por cuanto Schreiter encontró esta alfarería en un estrato inferior a la alfarería santamariana.

La denominación "diaguita", usada como colectiva para las distintas tribus que poblaban el Noroeste Argentino al tiempo de la conquista, ha sido conservado por los españoles, seguramente porque su sonido les ha sido familiar por su conocimiento del idioma aymara-quichua. "Tiaquita", según el P. Leon Strube, significa en esa lengua "hombre desleal, hombre traicionero", mientras para el señor Carlos Abregú Virreyra expresa "hombre alzado". Las dos traducciones dan al vocablo casi el mismo carácter; de todos modos permiten la sospecha de que se trata de un desprendimiento de parcialidades de un tronco principal que se han alejado por razones que ignoramos. Eso podría tener valor para discernir los productores de ambos tipos de alfarería que tratamos. Los españoles deben haber conocido el nombre antes de emprender la marcha hacia el Sud, por lo que se les había hecho familiar y no lo han cambiado, como sucedió con los Calchaquíes. Sabemos que el idioma de los Diaguitas era el Kaká o Kakán; todos los cronistas coinciden que era un idioma muy áspero, muy gutural y muy difícil de pronunciar: kaká en aymara significa tartamudear. ¿No provendría esta denominación de los españoles que habrían encontrado que, quien lo hablaba, tartamudeaba? Puede ser que el Kakán fuese el idioma primitivo de los Aymaras antes de que su lengua se confundiera con la de sus vecinos: los Quichuas. Por las razones expuestas, la hipótesis de que los "Diaguitas" sean de origen boliviano-peruano no nos parece fuera de lugar. Admitiendo que la alfarería negra incisa sea propia de los Diaguitas, veamos ahora los rastros que encontramos en Santiago del Estero.

Vasos de este tipo de alfarería hemos encontrado, dentro de la zona explorada en tres puntos a lo largo del río Dulce, y no tenemos conocimiento que haya aparecido en otra parte. El primer indicio fué un fragmento procedente de la localidad de Alderete, situada a treinta kilómetros aguas arriba de Chaupi-Pozo, cuya técnica es idéntica a las mejores piezas de "Los Barreales", y cuya decoración repite lo que Boman llamó "ser ruchado". Cuarenta kilómetros más al Sud, en el yacimiento -c- Soria, apareció nuevamente alfarería negra pero en mayor cantidad. La técnica es la misma, las formas elegantes (ver fig. 13 del C.S.F.), pero los elementos decorativos no son los complicados de Los Barreales, sino que repiten en técnica incisa conocidos diseños pintados de la segunda ola amazónica (p.e. rombos). Otro elemento decorativo geométrico que la vincula con el primer grupo secundario del Noroeste trataremos más adelante. En Soria aparecieron también urnas funerarias negras, hermosamente engobadas y de un brillo extraordinario, pero sin ninguna otra decoración; poseen además asas agujereadas como en el Noroeste con una variante local sin importancia; el fondo de estas urnas es siempre rojo, y su construcción es por rodetes. A quince kilómetros aguas abajo, en el yacimiento -g- La Cuarteada encontramos otra urna funeraria de alfarería negra que, si bien coincide en el fondo rojo y en las asas agujereadas, como también en la construcción por rodetes, difiere en la preparación de la superficie. En la parte inferior aparece un recubrimiento rústico, como se ha descrito en el capítulo II, pero sin decoración hecha con los dedos; en cambio, la mitad superior ha sido "alisada" y posee un hermoso brillo. Hemos creado el término "alisado" para un procedimiento especial con lo que sus ejecutores han conse-

guido una superficie lisa y un brillo que resiste durante la cocción. Habíamos observado que en los vasos de este tipo no existía ninguna capa superpuesta, sino que se había trabajado el mismo material de la construcción de las piezas. Para establecer la técnica hicimos varios vasos de ensayo empleando tres herramientas distintas que nos parecían apropiadas para ese fin. Es indiscutible que el resultado más perfecto se consiguió con una espátula de acero cuyo uso los indígenas desconocían; otra herramienta que empleamos, ha sido un pedazo de madera dura afilado en canto, que se usa todavía en la actualidad entre las alfareras nativas del departamento Quebrachos, en el extremo Sudeste de la provincia, colindante con Córdoba. El último ensayo lo hicimos con un pedazo de costilla y llegamos a la conclusión de que el trabajo efectuado con esta herramienta coincidía en su aspecto en mayor grado con el de los vasos arqueológicos. Este trabajo debe ejecutarse apenas creada la pieza. En el yacimiento de La Cuarteada apareció además una alfarería finísima, color ocre-claro, engobada y con mucho brillo. No hemos tenido la suerte de encontrar un vaso entero, pero, en abundancia, fragmentos que pertenecen, sin excepción, a piezas chicas. La decoración incisa consiste en triángulos y rectángulos ubicados alrededor del borde, relleno el interior de las figuras con líneas que se cruzan, tanto horizontales como diagonales. La decoración incisa de la alfarería negra de "Los Barreales" ha sido ejecutada, en parte, con un instrumento puntiagudo cuyo trabajo se caracteriza por sus bordes rugosos, y que bien puede haber sido una espina de las que abundan tanto en el Noroeste como en Santiago del Estero. En la alfarería que hemos encontrado en Soria y en La Cuarteada, el trabajo ha sido siempre ejecutado con una espina, mientras en el Noroeste aparecen también piezas en las que se han practicado las incisiones con un instrumento de punta roma de diferente tamaño.

En la Cuarteada hemos encontrado además dos urnas de alfarería negra que no han tenido uso funerario, sino que parecen haber servido para fines domésticos. Ambas son épocas y poseen una sola asa en el cuello, una vez colocada en sentido horizontal y la otra vertical. Su técnica y su aspecto las vinculan con cierta alfarería de La Candelaria.

Conjuntamente con la alfarería negra y ocre descripta, aparecieron en ambos yacimientos urnas funerarias de color rojo que con las anteriores tienen en común únicamente el fondo rojo. Las diferencias empiezan con la preparación de la pasta que no tiene la consistencia ni la homogeneidad características para la alfarería negra, sino hace recordar la pasta que ha servido para la fabricación de las llamadas urnas santamarianas. A pesar del tamaño de las urnas, las paredes son muy delgadas y rara vez pasan de tres milímetros. Las superficies están bien alisadas, pero sin emplear la técnica arriba mencionada. La forma de estas urnas es subglobular, dividida en secciones, con un cuello derecho, relativamente alto y sin reborde. (figs. 11, 12, 39 y 42 del C.S.F.). La construcción de las mismas ha sido hecha por mitades, pero no poseen asas; este procedimiento explicaría técnicamente la posibilidad de producir paredes tan delgadas, sin que la pieza corriera peligro de deformarse o de romperse. La cocción es buena sin haber alcanzado en ningún caso la temperatura de mil grados, contrario a la técnica de cocción de la alfarería negra ejecutada siempre a temperaturas mayores de mil grados, comprobado por el material perfectamente fundido. La decoración pintada ha sido ejecutada posteriormente a la cocción, por lo que es bastante difícil reconocer fehacientemente tanto los colores como los diseños que, en parte, han desaparecido completamente. Se inició la decoración de la pieza, pintando toda la superficie exterior en rojo. Sobre este fondo rojo se pintaron luego los diseños en negro rodeándolos con una delgada línea blanca. Los elementos decorativos son geométricos y combinan triángulos con una figura que se asemeja a una "Z" a la inversa a modo de que dos o tres triángulos penden o se elevan de los brazos horizontales de la letra; a veces se encuentran dos "Z" unidas. El mismo diseño aparece inciso en la alfarería negra. Este tipo de decoración ha sido encontrado excepcionalmente en Santiago del Estero, y siempre en puntos aislados: Soria, La Cuarteada, Lugones, también en la margen izquierda del río Dulce, y en San Vicente, departamento Loreto. La decoración de las urnas de Soria y de La Cuarteada se destaca por la sencillez de los diseños geométricos, mientras las urnas de Lugones y de San Vicente poseen combinaciones mucho más complicadas. Como ya se dijo anteriormente, esta alfarería roja apareció únicamente en los paraderos de la alfarería negra y ocre con decoración incisa, como lo demuestran los hallazgos de Soria y de La Cuarteada. En estos yacimientos nunca apareció una pieza de las que se encuentra con tanta abundancia en Santiago del Estero. La forma de las urnas rojas y de las negras es, en general, subglobular, aunque en algunas piezas parece existir la tendencia de aumentar la altura con relación al diámetro del ecuador. (figs. 12, 39 y 46 del C.S.F.).

Para las medidas de las urnas santiagueñas se puede establecer una fórmula que, con diferencias insignificantes, puede aplicarse a todas las piezas de esta clase: altura igual a ecuador. Estas urnas no se ajustan a esta regla general, y encontramos la diferencia aun más pronunciada en la urna fig. 17 del C.S.F., procedente de Quiroga, en la que la altura duplica la medida del ecuador. Esta urna se identifica en la preparación de la pasta, la cocción y la pintura en rojo de toda la superficie con las urnas rojas descriptas. Como en aquellas, faltan las asas; además carece de toda otra decoración. A juzgar por el estado de los restos óseos que contenía, su colocación debe corresponder a una época muy posterior a la de las urnas rojas de Soria y de La Cuarteada. Tres urnas similares a la descripta encontró Boman en Rosario de Lerma, provincia de

Salta; las urnas que exhumó el mismo autor en San Francisco, provincia de Jujuy, y que fueron publicadas por Erland Nordenskiöld, parecen pertenecer al mismo grupo. Estas urnas con su forma alargada parecen constituir un eslabón intermedio entre las formas globulares y subglobulares, hasta llegar a las formas típicas de las urnas santamarianas.

La exígua cantidad de la alfarería negra-ocre y roja que hemos descripto, y su aparición en paraderos aislados y de reducida extensión permiten deducir que no se trata de grandes núcleos de población, sino de pequeños establecimientos, quizás, con un fin determinado. El hecho de no haber asimilado nada de sus vecinos, excepto la decoración incisa con rombos, no puede interpretarse como que éstos no hayan existido. Además, este caso no es único, y lo curioso es que se trata del mismo tipo de alfarería. Debenedetti encontró en la Quebrada de Humahuaca de la cual se sabe que ha estado densamente poblada, un yacimiento aislado, el Cementerio del Cerro del Morro, en iguales condiciones que los de Santiago del Estero. En el alfarería chica que este autor publica, haciendo caso omiso de las representaciones figulinas, aparecen los mismos elementos geométricos rodeados de una línea blanca. En este Cementerio Debenedetti halló también astas de ciervo y loros chaqueños de lo que dedujo que esta alfarería, extraña a la Quebrada debía proceder del Chaco. Serrano informó sobre otro yacimiento, Condor Huasi, que parece enclavado en el Valle Calchaquí, con alfarería idéntica a la del Cerro del Morro. Las circunstancias especiales en que esta alfarería ha aparecido en el Noroeste y en Santiago del Estero excluye pensar en que los lugares mencionados hayan sido el "habitat" corriente de los fabricantes de la misma cuyo pueblo había llegado indiscutiblemente a un alto grado de desarrollo del arte cerámico.

Las publicaciones de Max Uhle, Richard E. Latcham, Augusto Capdeville, Junius Bird y Grete Mostny nos han hecho conocer hermosas series con los mencionados elementos decorativos; las piezas respectivas procedían exclusivamente del Norte de Chile. Estos autores están de acuerdo que los fabricantes de esta alfarería han sido los Atacameños, cuyo acervo arqueológico Max Uhle dividió en dos épocas: el atacameño indígena y el chincha-atacameño. Los Atacameños han sido los principales pobladores del Norte de Chile. Los autores citados no opusieron reparos a la opinión de Uhle y aceptaron que la evolución que se nota en la alfarería atacameña se produjo con la llegada de los Chinchas que inmigraron del Norte, de la costa del Pacífico, los que también deben haber traído la técnica del engobe (¿influencias amazónicas?) que, desde entonces, se observa en los vasos atacameños y que en el mismo orden llegó al Este de los Andes: en Santiago del Estero las piezas que pertenecen a este grupo carecen de engobe, mientras lo poseen las piezas del Noroeste (Cementerio del Morro y Condor Huasi). El hallazgo esporádico de estos elementos decorativos en la Argentina, en los puntos señalados, en cierto modo dá fé de la presencia de Atacameños en este país, pero de ninguna manera prueba que deben ser incluidos ~~entre~~ entre los pobladores permanentes de esta región, lo que rechazó ya el Profesor Milciades Vignati, opinión a la que nos adherimos, siempre que se exceptúe la zona de San Pedro de Atacama y del Salar de Arizaro. Se impone ahora la pregunta: ¿Que razón ha inducido a los Atacameños a cruzar el macizo de los Andes e instalarse en uno que otro punto allende la montaña? Sabemos que los Atacameños han sido grandes comerciantes, los "Fenicios" de esta parte de América. Sabemos que los Atacameños han sido los primeros que han domesticado al camélido de su tierra, la llama, y, utilizándola como bestia de carga, han extendido su comercio hasta zonas lejanas. Un intercambio activo que indudablemente ha existido, necesitaba puntos prefijados para la concentración de las tropas y depósitos a la vez, como en la actualidad los pueblos exportadores sostienen sus factorías en ultramar. El hallazgo de adornos, fabricados con valvas de moluscos procedentes de la costa del Pacífico, tanto en Santiago del Estero como en el Chaco, comprobado por el malacólogo Profesor Martín Doello Jurado, así como la aparición de astas de ciervo y de loros chaqueños en el Cementerio del Cerro del Morro, no son más que indicios fehacientes de este comercio, por lo que se explicaría en forma clara y sencilla la presencia, pero no la permanencia definitiva de los Atacameños al Este de los Andes.

¿El reducido número de piezas con asas planas y decoración típicamente santiagueña que, además, han sido siempre de las más bellas, no habrán llegado a Catamarca de la misma manera, como objetos de trueque?

Conforme a la clasificación en grupos que hemos adoptado anteriormente para la alfarería del Noroeste Argentino, hemos establecido hasta ahora la aparición del primer grupo principal y del primer grupo secundario. Respecto a los hallazgos del Cementerio del Morro, Debenedetti ya hizo notar que conjuntamente con la alfarería negra había encontrado una curiosa alfarería roja, si bien engobada y figulina; el mismo caso se repite en Santiago del Estero con la diferencia de que esta alfarería roja no es ni figulina ni engobada. Casanova encontró también en el Cementerio de Huiliche una alfarería roja conjuntamente con la negra, tipo Barreales, pero de una factura muy tosca y, de ninguna manera, comparable con la de Santiago del Estero o de la Quebrada de Humahuaca.

El segundo grupo principal, - como tal comprendemos la alfarería calchaquí, tipo santamariano -, está también representado en Santiago del Estero, pero no ha tenido mayor difusión porque se reduce esencialmente al departamento Robles, donde vasos santamarianos se hallaban junto con piezas de otro tipo, comunes en esta provincia. Especial importancia se ha asignado al hecho de haberse hallado en este yacimiento perlas venecianas y cuentas de vidrio de indiscutible origen europeo, lo que, por otra parte, no

puede sorprender, por cuanto la documentación histórica informa que los españoles trasladaron en el siglo XVII parte de los vencidos Calchaquies a Santiago del Estero. Piezas aisladas de factura calchaqui que se han encontrado sobre el río Dulce en dirección al Norte jalonan la ruta de esta caravana. Tampoco se debe extrañar que se haya encontrado ambos tipos en el mismo paradero, lo que no prueba ni que haya existido convivencia ni lo contrario. Lo único que prueba es que tanto los primitivos pobladores como los españoles han sabido elegir el mejor punto para instalar sus viviendas.

En mucho menor escala ha aparecido hasta ahora en Santiago del Estero el tercer grupo principal que comprende la alfarería de La Candelaria, ya que no podemos presentar más que dos cántaros que no han tenido uso funerario y que proceden del yacimiento de La Cuarteada, cuya técnica concuerda con la de aquella. El material reunido hasta ahora de la zona de La Candelaria se caracteriza por la abundancia de material lítico, principalmente hachas de piedra, lo que observamos también en La Cuarteada, yacimiento que nos ha proporcionado el mayor número de las hachas que poseemos; éstas, esporádicamente aparecieron también en otros paraderos de la zona alta, pero no hemos hallado ningún ejemplar en la zona baja. La mayoría de las hachas tienen un surco en la parte superior que alcanza tres cuartas partes de la circunferencia, y solamente dos o tres ejemplares tienen surco entero. Estimamos probable que los Lules Grandes o del Aconquija hayan sido los productores del acervo arqueológico de La Candelaria; los hallazgos de Santiago del Estero confirmarían la información histórica de la invasión de los Lules en esta zona, en vías de exterminar a los pacíficos pobladores del río Dulce cuando la oportuna llegada de los españoles los salvara. Opinamos que el avance de los Lules se inició en el último siglo anterior a la conquista, por lo que su comienzo concordaría con la llegada de la hueste incaica al Noroeste Argentino.

Los informes de la expedición de Diego de Rojas, el verdadero descubridor de la provincia de Santiago del Estero, mencionan entre las tribus que ocupaban las margenes del río Dulce, a los "Yuguitas", término que consideramos sinónimo de "Diaguitas" y proveniente de un simple error de oído. Sin embargo, en Santiago del Estero, este pueblo no parece haber alcanzado una gran importancia social y política, lo que no impide que el número de sus componentes haya llegado a cifras apreciables. Es muy posible que no hayan formado núcleos compactos, que no se hayan reunido ni siquiera en simples ayllus, pero tampoco se puede negar que sus rastros se encuentran diseminados en toda la zona al Sudoeste del río Salado. Cuarenta años más tarde, Pedro Sotelo de Narvaez, en su conocida relación al licenciado Cepeda, entonces Presidente de la Real Audiencia de La Plata, da cuenta de las naciones que pueblan Santiago del Estero, no menciona la denominación "Yuguitas", pero entre los idiomas hablados en esta provincia cita al Kakán, lengua de los "Diaguitas". El nombre "Yuguitas" cayó en desuso desde el primer momento, como tampoco se lo menciona en posteriores documentos. Otra prueba de la gran infiltración que esa gente, procedente de la cordillera de los Andes, ha tenido entre los pobladores sedentarios de Santiago del Estero, la constituyen los restos humanos que han sido exhumados en las distintas zonas, estudiados y clasificados por el Dr. José Imbelloni.

El Dr. Imbelloni realizó sus estudios sobre una serie de cráneos remitidos en el año 1933 por el señor Emilio R. Wagner al Museo de Ciencias Naturales, Bernardino Rivadavia, y constató en todos ellos la clásica deformación andina con plagiocefalia más o menos pronunciada. Conforme con este resultado, todo el material remitido por el señor Wagner pertenece a la unidad racial "Pueblé-Andino", nombre creado por este autor en su trabajo "Clasificación de las razas indígenas de América". El señor Wagner manifiesta en su carta del 7 de Junio de 1933, parte I, apartado 4, dirigida al Dr. Imbelloni que "todos esos huesos humanos provienen de urnas funerarias"; hubiera sido muy interesante conocer en cada caso el tipo de la urna correspondiente, lo que hubiera permitido, teniendo en cuenta el estado de conservación de los restos y circunstancias especiales del ambiente, hacer deducciones respecto a la cronología del acervo santiaguense. No hemos tenido la suerte del señor Wagner; en 18 años de trabajo de investigación en el campo, hemos exhumado cerca de 500 urnas funerarias, y solamente en tres, dos de Quiroga y una de Vilmer Norte, hemos hallado restos que por su estado de conservación hubieran podido ser clasificados, pero que, por circunstancias especiales, tampoco han podido ser salvados de la destrucción. Los restos mejor conservados que poseemos, proceden invariablemente de sepulturas efectuadas simplemente en la tierra; en la mayoría de ellas, los esqueletos estaban sentados con las rodillas levantadas hacia el mentón, y algunos estirados en posición decúbito-dorsal. La relativamente buena conservación de los restos sepultados en la tierra, hace pensar que proceden de los últimos habitantes de los distintos lugares. Podemos presentar una serie de 36 cráneos cuya posición morfológica, conforme a lo establecido por el Dr. Imbelloni respecto a los cráneos procedentes del Salado y del Chaco santiaguense, concuerda en sus detalles, por cuanto todos poseen la deformación tabular-erecta acompañada de una plagiocefalia de mayor o menor importancia: 34 cráneos -frontal derecho-occipital izquierdo, mientras que la otra diagonal está representada únicamente por dos cráneos. No podemos presentar ningún testimonio definitivo de que los restos depositados en urnas hayan tenido los mismos caracteres, por cuanto su estado no ha permitido conservarlos. Sin perjuicio de admitir la posibilidad de que pueblos andinos hayan llegado en tiempos remotos y en distintas épocas al territorio santiaguense, creemos que la migración de mayor importancia se ha producido al llegar la hueste in-

cáica al Noroeste Argentino y, en menor proporción, a la llegada de los españoles. La invasión incáica se ha producido unos 100 años antes de la conquista, lo que podría ser una razón para la buena conservación de los restos óseos.

Las típicas sepulturas del Noroeste, las fosas empircadas, no existen en Santiago del Estero, sin duda, por falta de material adecuado; pero no conocemos tampoco ningún caso en que se haya enterrado al muerto dentro de la misma casa, forma común en el Noroeste. En Santiago del Estero, aunque es bien visible que existían puntos prefijados para la sepultura de los muertos, porque se les encuentra cerca de las casas, o reunidos en ciertos lugares no muy alejados, sin que se pueda hablar de cementerios en el sentido actual de la palabra. El ajuar fúnebre que en el Noroeste siempre acompañaba a los muertos, falta en absoluto en Santiago del Estero, excepto el caso de la urna de Beltrán, mencionada antes. En el Noroeste han aparecido cementerios de párvulos en el valle calchaquí cuyos restos han sido depositados en urnas por el entierro secundario, rito que se ha encontrado muy rara vez en cuanto se refiere a adultos. En Santiago es el sistema corriente, tanto para adultos como para párvulos, y es evidente que, si hubo alguna vez inmigraciones de la cordillera, esa gente ha olvidado las costumbres mortuorias ancestrales, adoptando las costumbres del nuevo ambiente. Sin embargo, parece muy raro que hayan cambiado tan rápidamente, ya que en otras partes se observa que el culto de los muertos, las costumbres heredadas para sepultarlos, es lo último que los pueblos pierden. Eso nos enseñan, por ejemplo, los ritos de los Chiriguano, de los cuales informa Fr. Bernardino de Nino que practicaban el entierro primario en urnas colocando los cadáveres en los "Yambufes", vasos grandes de uso doméstico; esta costumbre, conservada durante tanto tiempo y en movimientos tan grandes y dilatados, podría permitir una hipótesis sobre su procedencia. En Santiago del Estero, hasta ahora se conoce un sólo punto: el yacimiento de Beltrán, donde aparecieron urnas grandes que se había empleado para el entierro primario. Estas urnas recuerdan en sus formas los "Yambufes" chiriguano o guaraníes aunque hayan adoptado las asas planas santiagueñas. En este caso, los deudos de los muertos han observado las costumbres heredadas, contrarias al ambiente, lo que permitiría suponer que los individuos hayan pertenecido a una tribu chiriguana de origen guaraní o directamente a una parcialidad de estos últimos. Los Guaraníes han sido clasificados como pertenecientes a la raza brásilida que no practicaba las deformaciones craneanas artificiales. Sin embargo, en el único cráneo que conocemos, procedente de Beltrán y parte integrante de un cadáver depositado por el entierro primario, hemos observado la clásica deformación artificial tabular-erecta con plagiocefalia derecho-izquierda, tipo casi general en Santiago del Estero.

Como armamento perteneciente a pueblos andinos debemos señalar en primer lugar las hachas de piedra del tipo americano corriente, pero parece que la mayoría de ellas ha sido importada del Noroeste por cuanto no existe en Santiago del Estero la piedra que ha servido de materia prima. Respecto a esta podemos decir lo mismo de las puntas de flecha de piedra, abundantes en toda la zona alta, y muy espaciadas en la zona baja, donde prevalece la de hueso. Todas las puntas de flecha de piedra son de tamaño reducido, con o sin pedúnculo, con los costados lisos o dentados, pero siempre fabricadas por desbastamiento.

Palabras finales.

En los capítulos que anteceden, hemos ensayado ^aclásificar el acervo arqueológico santiaguense según las distintas afinidades que, a su vez, insinúan su probable procedencia, como a los portadores que han contribuido a su formación. Al hacerlo, hemos procedido por el método de la eliminación, empezando con los tipos que menores dificultades ofrecieron, sin tener en cuenta la antigüedad de cada factor, y haciendo caso omiso de una probable cronología. En las líneas siguientes, trataremos de establecerla, en cuanto sea posible, en base de lo expuesto anteriormente, de las experiencias recogidas durante las investigaciones sobre el terreno y de las condiciones circunstanciadas de los hallazgos arqueológicos.

En Santiago del Estero, los casos en que la ubicación estratigráfica de las piezas arqueológicas puede contribuir a establecer su mayor o menor antigüedad, son en extremo raros, excluyendo del todo la consideración de las capas geológicas, por cuanto se encuentra en horizontes más antiguos el mismo material de las relativamente más recientes. Un ligero examen del mapa orográfico de Santiago del Estero demuestra que el territorio de la Provincia se divide en dos zonas perfectamente definidas: una zona alta que, a más o menos 200 Kilómetros de distancia acompaña las sinuosidades de la cadena de los Andes, y que, por consiguiente, se desarrolla del Norte al Sur, constituyendo las sierras de Guasayán este extremo, y una zona baja a la que corresponden siete octavas partes del área total. En el plano acotado (Mapa N^o II) se distingue fácilmente ambas zonas en la parte que interesa a nuestro estudio, y cuya estratigrafía difiere entre sí fundamentalmente. La zona alta se destaca por la delgada capa de tierra reciente de 10 a 50 centímetros, los que rara vez sobrepasa. La segunda capa está formada por arenas de un color general gris-amarillento claro y de un espesor que varía de tres a ocho metros. No cabe la menor duda que esta capa es producto de arrastre de la cordillera, sedimentos de una avenida de aguas más o menos continua, por cuanto los materiales más pesados, cantos rodados, con un considerable porcentaje de tobas, mezclados con arena de un grano grueso, se encuentran en el estrato inferior; en los estratos superiores disminuye el tamaño del grano hasta llegar a ser fino en el estrato superior; en general, la arena es micácea y, en parte, yesífera. La capa descrita descansa sobre un estrato impermeable de un material loesoides de color rojo de bastante espesor, aunque en algunas partes se encuentra intercaladas delgadas capas de arena que, sin embargo, no son continuas. La superficie del material loesoides es bastante sinuosa y consiste en valles planas entre lomadas de altura reducida que, en una línea ondulada, conservan la dirección general Nordeste-Sudoeste. En estas concavidades aparecen muchas veces depósitos paleontológicos de los cuales hemos extraído unas mil piezas que pertenecen a nuestra colección, habiendo entre ellas piezas únicas. El detalle de las mismas no corresponde a este trabajo, aunque podría dar motivo a conclusiones muy interesantes; solamente haremos constar que la profundidad de estos depósitos variaba entre los 3.50 y 5 metros. Hemos creído necesario incluir estas observaciones en este nota preliminar porque podría fijar en más la antigüedad del acervo arqueológico santiaguense, mientras en menos debe considerárselo en tres etapas: hasta la conquista, postconquista y actualidad. No hemos encontrado en ningún caso tuestos de alfarería u otros útiles entre las piezas paleontológicas, ni siquiera debido a la acción de los roedores de todas clases que abundan en la zona. La distancia entre este material paleontológico y las piezas arqueológicas no alcanza muchas veces un metro, aunque se encuentra los fragmentos en gran cantidad en la superficie cuyo nivel se ha rebajado notablemente por la fuerte erosión que se opera en toda la región, debido al total desboscamiento. Lo dicho nos parece concluyente para evitar que se relacionen cronológicamente ambos hallazgos.

Las perforaciones realizadas en la zona baja de Santiago del Estero, por más distante que se hallen los lugares entre sí acusan siempre las mismas características del perfil geológico - basamos esta afirmación en un gran número de perfiles correspondientes a perforaciones ejecutadas por la Dirección General de Minas de la Nación -, que demuestran el paulatino rellenamiento de una enorme depresión la que en algunas partes alcanza una profundidad de 2000 metros (perforación de Alhuampa - 2200 metros). Las capas superpuestas son delgadas con un término medio de 30 a 40 centímetros de espesor; en algunos casos se observa capas de 90 centímetros, lo que parece haber sido el máximo. Estas capas están formadas por margas y arenas de distinto color y tamaño, interrumpidas a veces en forma discontinua por un estrato de material impermeable, loesoides, traído de la zona alta. La zona baja ha sido considerada por todos los especialistas como de origen lacustre: la observación de los perfiles del subsuelo como la existencia de moluscos de agua dulce lo confirma a cada paso. En la intersección de ambas zonas cuya diferencia de nivel habrá sido en su tiempo alrededor de 150 metros, existe un cono de deyección que ha disminuido el desnivel a 20 metros, término medio. Las perforaciones realizadas dentro de la zona del cono de deyección, en la Ciudad de La Banda, a seis Kilómetros de la zona alta, han descubierto a más o menos 48 metros de profundidad un río subterráneo de un caudal regular y de agua potable, sin que, dentro del material extrai-

do, hayan aparecido restos arqueológicos o paleontológicos. A los cien metros de profundidad, aproximadamente, se halló otro río subterráneo, en extremo caudaloso, cuya corriente arrastraba restos de fósiles (p.e, placas del caparazón de un glyptodonte), reducidas a canto rodado. El hecho de que no se haya encontrado ningún documento arqueológico en toda la extensión del cono de deyección la que alcanza más o menos 10 Kilómetros, no significa necesariamente que no hubiese, y que no se los encontrasen mediante excavaciones de mayor profundidad.

Es indudable que el subsuelo de la zona lacustre se ha formado con el material de arrastre proveniente de la zona alta y, por extensión de la cordillera, proceso que debe haberse operado durante largo tiempo para llegar al resultado que hoy observamos. La iniciación de este movimiento podría ubicarse a la terminación de la última época interglaciaria, cuando, de los desagües primitivos, se formaron nuestros ríos: el Dulce, el Salado, el Bermejo y el Pilcomayo. Estos ríos cavaron paulatinamente sus lechos en la zona alta, donde en la actualidad, el subsuelo loesoides delimita sus cursos, mientras, al salir de aquella, adquieren el carácter de divagantes que aun conservan sin modificación. Las llanuras de Santiago del Estero, pertenecientes íntegramente a la zona lacustre mencionada, necesitaban tiempo para adquirir consistencia suficiente y admitir la aparición de cierta flora, a la que seguía la fauna y finalmente la radicación del hombre en sus comarcas. Sobre las margenes de los cauces de agua se asentaban los pobladores que llegaban a Santiago del Estero y, dado el carácter mutativo de los ríos, se vieron obligados frecuentemente a cambiar sus asientos, en pos del precioso líquido.

La inestabilidad de los cursos de agua que impidió, en gran parte, la inmediata formación de una flora arborífera, favoreció, en cambio, la acción de los vientos en la formación de cadenas de dunas o médanos en ambos márgenes de los diferentes cauces. Estas elevaciones naturales fueron aprovechadas en muchos casos para ubicar las viviendas evitando así los perjuicios que pudieran ocasionar los avances de las aguas. El incontable número de estas elevaciones, con pruebas evidentes que han estado pobladas, dió margen a que se hablara de un pueblo de "Moundbuilders" en las llanuras de Santiago. Estimamos que la mayoría de los llamados túmulos es natural, sin embargo parece que existen también artificiales, si bien en número reducido, en dos formas: mediante la formación de un piso artificial en la parte más alta de una elevación natural, o formados completamente por la acción del hombre. El primero de los dos tipos hemos observado en los yacimientos de Beltrán y de Vilmer Norte; el segundo solamente en este último, del cual agregamos un mapa general (Mapa N° III) y un relevamiento topográfico que indica la ubicación de cada túmulo, su altura actual y relacionándolos entre sí mediante líneas de nivel. Los túmulos designados con los números 57 y 59, excavados totalmente por nosotros, pertenecen a nuestro juicio, a la categoría de artificiales por cuanto su núcleo principal había sido formado por material loesoides que en la actualidad se encuentra a 5 metros de profundidad, término medio, sobre el cual se ha construido un piso artificial de diferente tamaño. Más notable es aun el destino que han tenido ambas elevaciones. En efecto, el túmulo 57 poseía un piso rectangular de más o menos 4 por 6 metros y 40 centímetros de espesor (el esquema del mismo, facilitado por el autor con ~~el~~ nombre figura, fué publicado por los hermanos Wagner en el I. Tomo de la Civilización Chaco-Santiagueña); retiramos del mismo en total 15 urnas de las cuales las correspondientes a los números 9, 10 y 11 han sido ceremoniales y el resto funerarias. La urna N° 15 se encontró en el centro debajo del piso y contenía restos de párvulo, faltando la cabeza. (Idéntico hallazgo hizo el señor Greslebin en un túmulo de Beltrán). Fuera de las urnas y sus respectivas tapas no encontramos en este túmulo ninguna pieza entera, a pesar de que retiramos del mismo un total de 2200 Kilos de tiestos, los cuales nos sirvieron para reconstituir cerca de un centenar de piezas. La mayoría de los tiestos pertenecía a la alfarería policroma que hemos clasificado como correspondiente a la segunda ola amazónica. Aquí no aparecieron útiles domésticos ni representaciones figulinas, en contraposición al túmulo 59 evidentemente destinado a vivienda; aquí el piso ocupaba una superficie tres veces mayor, no apareció ninguna urna funeraria, pero sí piezas enteras de uso doméstico: fusaiolas, figuras y útiles domésticos fabricados de hueso; en la parte Sud del túmulo encontramos una gran acumulación de restos de cocina. Toda el material era del mismo tipo y seguramente de la misma procedencia del anterior. El primero lo hemos denominado "enterratorio" y el segundo "domiciliario". Posteriormente hemos excavado otros túmulos del mismo yacimiento sin encontrar ninguno que tuviera idénticas características. Sin embargo, en la excavación del túmulo N° 39 se nos presentó una nueva forma que nos hizo recordar la descripción detallada que Jacinto Jijón y Caamaño ha dado de las "tolas" de Imbaburu, señalando su formación paulatina por la larga duración de su ocupación y por individuos pertenecientes a diferentes pueblos. Habíamos iniciado el trabajo excavando una zanja en el extremo Norte del túmulo en ángulo normal al eje longitudinal. A los 2.20 metros de profundidad con relación al punto más alto de la elevación, encontramos un piso parejo consistente en limo del río; hasta ahí este estrato tenía un espesor de 60 centímetros en los cuales no apareció ningún resto de cerámica, pero sí una punta de flecha de piedra fabricada a percusión, primer indicio que ha existido una cultura primitiva en estos lugares; además había en gran cantidad restos de cocina, consistentes en productos de caza y de pesca. Hacia arriba limitaba este estrato una capa impermeable de 40 centímetros de espesor en el centro y algo más en los extremos. Esta capa estaba formada, aparentemente, por guano de animales, madera podrida, restos de cocina y materiales traídos por el vien-

to. En la superficie de este estrato, a 1.20 metros debajo del punto más alto, apareció la primera alfarería, la que, clasificada en la forma adoptada, pertenecía a los grupos incluidos en los capítulos I, II y segunda ola amazónica, mientras faltaban representantes de la primera ola amazónica y rastros andinos. En el conjunto dominaba la segunda ola amazónica, siguiéndole en importancia alfaría correspondiente a influencias paranaenses y pampeanas. No hallamos ninguna pieza entera, pero un sinnúmero de fragmentos, de los cuales hemos podido reconstituir a medias una pocas piezas. Notable ha sido la parte Sudeste del túmulo donde aparecieron en gran cantidad objetos de hueso labrados y otros no concluidos; nos llamó la atención la buena conservación de los mismos; un color amarillo y un brillo extraordinario ha sido propio de todos. ¿Habrán sido preparados expresamente para preservarlos contra influencias extrañas? La casualidad vino en nuestra ayuda para revelar el secreto. Habiendo preparado agua con un porcentaje de ácido acético, única manera de disolver la capa calcárea que cubre la superficie de las piezas en la mayoría de los yacimientos, sumergimos también una de estas piezas de hueso y al sacarla, vimos con asombro que se desprendía de la superficie una delgada capa transparente, dejando al hueso con su color natural grisáceo. Nuestra sorpresa fué aun mayor cuando al día siguiente constatamos que el hueso había quedado completamente deshecho. Este túmulo se ha formado evidentemente por la ocupación humana durante largo tiempo y por distintos pueblos, por lo que lo hemos comparado con las "tolas" de Imbaburu donde de Jijón y Caamaño observó las mismas características.

Lo expuesto anteriormente sobre la estructuración del subsuelo santiagueño podría explicar la falta de superposiciones en esta región; también parece probado que los pobladores de Santiago no han tenido viviendas estables para cuya construcción no disponían del abundante material pétreo de las zonas montañosas, pero hubieran podido echar mano a varias clases de madera dura para suplir la falta de aquello, aunque nunca hemos encontrado vestigios de su empleo. Este hecho no nos parece suficiente para establecer por sí sólo, una enorme antigüedad para ninguna de las culturas que aparecen en el área de la provincia.

Como es lógico, para las experiencias recogidas sobre el terreno y las condiciones circunstanciadas de los hallazgos, tenemos que limitarnos a la zona explorada. Ante todo debemos hacer constar que ninguno de los doce yacimientos ha proporcionado un objeto de metal, contrario a los yacimientos del Salado donde aparecieron con cierta abundancia. Conocíamos hace muchos años la existencia de estos objetos de metal aunque no fueron publicados en su oportunidad por los hermanos Wagner. Los hallazgos del señor Afbjörn Pedersen en excavaciones realizadas en la misma zona del Salado a fines del año 1941, como así también la intención de este investigador de darlos a publicidad, manifestada verbalmente tanto al señor Wagner como al autor de este trabajo, deben haber inducido al primero a mencionarlos por primera vez en una conferencia leída en la Asociación Argentina de Cultura Británica de Córdoba a fines de Mayo de 1944. Ateniéndonos al comentario publicado en "La Voz del Interior", diario de esa localidad, y transcripto por el diario "El Liberal" de Santiago del Estero de fecha 3 de Junio del mismo año, el señor Wagner reconoció la existencia de unos 150 piezas de metal, encontradas aparentemente con posterioridad a "un nivel más profundo que el acostumbrado, dado el elevado costo que esta clase de excavaciones demanda". Por consiguiente, la alfarería policroma, extraída de los mismos yacimientos a un nivel superior, casi a flor de tierra, debería ser más nueva que los objetos de metal; no alcanzamos a comprender las razones que el señor Wagner ha tenido para asignar a esta alfarería una enorme antigüedad. Gracias a la gentileza del señor Pedersen hemos tenido la oportunidad de leer un manuscrito de este autor en el cual hace un detenido estudio de los objetos de metal encontrados en Santiago del Estero comparándoles en todos sus aspectos con sus similares del Noroeste Argentino, de Chile, de Bolivia y del Perú. El señor Pedersen manifiesta en primer lugar que ha encontrado los objetos de metal conjuntamente con la alfarería policroma, lo que parece verosímil. Lo curioso es que, en el Dulce, los yacimientos de Vilmer y de Quiroga que han proporcionado el mismo tipo de alfarería, no hemos encontrado ningún objeto de metal.

Habiendo tenido los productores de la alfarería de estos puntos, tanto del Salado como del Dulce, indudablemente el mismo origen, ¿por qué razón los objetos de metal han aparecido en el Salado y faltan en absoluto en el Dulce? Daremos nuestra opinión al respecto. Pasados los primeros momentos de la conquista en la segunda mitad del siglo XVI y primera del siglo XVII, establecida la vía de comunicación entre Buenos Aires y el Perú pasando por Santiago del Estero a lo largo del río Dulce, los españoles se vieron en la necesidad de asegurarla contra las continuas incursiones de una indiada belicosa procedente del Norte y del Nordeste. A ese fin establecieron una primera línea de fortines sobre el río Salado la que, si bien eficaz en el primer momento, perdió su valor cuando los indios aprendieron el uso del caballo y entraron en posesión del mismo en la primera mitad del siglo XVII. Se destacaban por su ferocidad las tribus de los Abipones y de los Mocovíes, pertenecientes a la nación Guaycurú, que llevaron sus depredaciones no solamente a Santiago del Estero, sino hasta Córdoba. ¿No se habrá creado para estos indios el nombre de "Juríes" (suri - avestruz) que tan pronto como aparecían, se retiraban de los puntos alcanzados? ¿No se habrá dado con buen tino el nombre "Los Juríes" a un pueblo en el Nordeste de Santiago del Estero, puerta principal de entrada de estas indiadas bravas? En los puntos donde estaban instalados los fortines, es donde se han encontrado casi todos los objetos de metal que conocemos de esta provincia. Hemos tenido oportunidad de exa-

minar una parte de las colecciones del Museo Arqueológico de la provincia, como también las piezas extraídas por el señor Pedersen, llegando a la conclusión de que su aspecto es de franco cuño peruano o del altiplano, y que no difieren de las conocidas piezas del Noroeste Argentino, presunción plenamente comprobada por el interesante trabajo del señor Pedersen que está en visperas de publicarse.

Habiendo partido los españoles desde Santiago del Estero para establecer y ocupar la línea de fortines sobre el Salado, se debe suponer que han llegado a esa ciudad entrando desde Tucumán por el río Dulce. Tanto en los tiempos preconquista como postconquista sería lo lógico que los objetos metálicos se encontrasen en mayor cantidad en el Dulce que en el Salado. Para esta aseveración no tiene importancia el hallazgo de piezas metálicas sobre el río Dulce, hecho por el Dr. Jorge Argañarás, en el departamento Róbles, por cuanto está históricamente comprobado que se instaló en este lugar una reducción de indios Calchaquí después de su derrota. En el Salado se los ha hallado únicamente en la línea de fortines hasta donde deben haberlos llevado los mismos españoles, precedentes de las zonas andinas. El señor Pedersen comunica en el manuscrito citado que ha encontrado en Averías y en el Bracho (fortines del Salado) fragmentos de crisoles, en uno de los cuales estaba aun adherida una porción de la masa fundida. Este hecho parece contradecir nuestra opinión por cuanto comprueba que en Santiago del Estero se ha fundido metales. ¿Habrán sido los pobladores de Santiago del Estero que se han dedicado a la metalurgia? Nosotros contestaremos esta pregunta con un rotundo: **Nó**. Para nosotros, los pobladores de Santiago del Estero y en eso estamos de acuerdo con los Wagner, no han conocido el arte de beneficiar metales. Aun en este caso se trataría de artesanos traídos por los españoles conjuntamente con una cantidad de materia prima para ejercer su oficio en estos lugares lejanos.

Entre los doce yacimientos señalados en el mapa arqueológico hemos encontrado cinco cuyo material pertenece a un sólo tipo, a una sólo procedencia; cinco que han proporcionado diferentes tipos, y dos aun dudosos por cuanto no poseemos más que una pieza de cada lugar por no haber hecho ninguna excavación en ellos, aunque los indicios, innumerables tiestos desparramados en la superficie, denuncian la existencia de un yacimiento. A los cinco primeros pertenecen los yacimientos de Soria y de La Cuarteada que, como todos los de esta categoría, ocupan un área reducida y cuyo material hemos clasificado como de procedencia andina (ver cap. IV). Es posible que los pobladores de estos lugares hayan estado radicados cierto tiempo, pero es seguro que no han asimilado ningún detalle del acervo arqueológico de sus vecinos más inmediatos, si exceptuamos la decoración de rombos en técnica incisa y el entierro secundario de adultos en urnas. Esa gente debe ser tratada por separado, sin incluirla en la avalancha que indudablemente se produjo con la invasión de la hueste incáica en el Noroeste. Consideramos a los componentes de esta avalancha como el estrato superior etnográfico de la población santiagueña. El yacimiento de Rubia Moreno, a juzgar por la única pieza que poseemos y el carácter de los tiestos que hemos encontrado en la superficie, pertenece, quizás, al mismo origen.

Un sólo tipo de alfarería apareció también en cada uno de los yacimientos de Chaupi-Pozo, Acosta y Vilmer Sud (a-b-k). El primero y el último deben haber servido de asiento a parcialidades de las tribus que hemos clasificado como pertenecientes a la primera ola amazónica. El material extraído del yacimiento de Acosta corresponde íntegramente al grupo clasificado en el capítulo II, Influencias chaqueñas. Como ya hicimos constar en su lugar, este paradero que ocupa también un área mucho más extensa, debe haber estado ocupado durante mucho tiempo por pobladores del mismo origen, a juzgar por el estado de conservación de los restos óseos; sin embargo, no han asimilado la técnica más adelantada de los pobladores de Chaupi-Pozo de cuyo lugar los separan solamente 5 Kilómetros.

En la consideración de los yacimientos en los cuales han aparecido tipos de alfarería pertenecientes a diferentes grupos, seguiremos el orden alfabético establecido del Norte al Sud. Empezando con el yacimiento de Quiroga diremos que este ocupa una angosta franja sobre la margen izquierda del río Dulce con una extensión de cerca de un Kilómetro y medio, alcanzando en contados puntos un ancho máximo de 100 metros. En el extremo Norte como en el extremo Sud parecen haber existido filas de túmulos naturales, sin refuerzo artificial alguno, a juzgar por las urnas funerarias que, por regla general, se encontraban ubicadas en líneas orientadas del Norte al Sud. Estos "túmulos" han desaparecido en la actualidad por la acción del viento y de la erosión, fuerzas que han podido operar con entera libertad después del desbaste total de los últimos años. La alfarería predominante en este yacimiento pertenece a la que hemos llamado segunda ola amazónica, caracterizada por su decoración policroma, por el engobe de la superficie y por la decoración pintada, ejecutada antes de la cocción. Entremezcladas con esta alfarería aparecieron algunas piezas que corresponden a la descrita en el capítulo I, mientras aisladamente encontramos una urna del tipo chaqueño, tapado con un puco engobado de la segunda ola amazónica con decoración en negro sobre fondo rojo. Eso fué la segunda vez que encontramos una urna chaqueña tapada con un puco amazónico; el primer caso se produjo en el yacimiento de Acosta, donde había sido la única pieza amazónica que apareció. Algo separado del núcleo principal de población, encontramos una urna pintada en rojo que en su manufactura y forma recuerda las urnas rojas de Soria y de La Cuarteada, y tiene sus similares en las urnas exhumadas por Boman en Rosario de Lerma. En el extremo Sud se descubrió una urna funeraria con restos de adulto cuya decoración curiosa no se ha repetido

en ninguna parte: consiste, al parecer, en una oruga con tres pares de extremidades de cada lado, terminando en cada extremo con una cabeza que, por ciertos atributos, recuerda la cabeza del buho, pero que ha adquirido, en general, un aspecto distinto. En Quiroga faltan piezas que corresponderían a la primera ola amazónica.

El yacimiento siguiente, Bajadita Norte, lo trataremos separadamente aunque, en realidad, forma uno sólo con Bajadita Sud y Bocatoma, porque posee características bien distintas del segundo. En Bajadita Norte hemos encontrado por primera y única vez en Santiago del Estero una acumulación de urnas funerarias que por la disposición de su ubicación podría llamarse: cementerio. Las urnas estaban depositadas más o menos en filas, distantes uno o dos metros entre sí, y pertenecían a dos tipos diferentes: aparecieron algunas con todas las características que hemos calificado como procedentes de influencias paranaenses, pero también los fragmentos de una que ha conservado como única decoración los apéndices, pero en cuanto se refiere a la preparación de la pasta, sistema de fabricación, forma y cocción, se ha ajustado a la manera corriente del lugar. La mayoría de las urnas es difícil encuadrar dentro de uno de los grupos establecidos, por cuanto reúnen las características de los grupos II, III y IV. En efecto, la preparación de la pasta no es tan esmerada como se presenta en ambos tipos de las dos olas amazónicas; sobre esta base podría incluírsela más bien en la alfarería descrita en el capítulo IV por cuanto se asemeja a la pasta empleada en la fabricación de las urnas Nos. 11 y 12 de Soria, N^o 17 de Quiroga y Nos. 39 y 42 de La Cuarteada. Las formas son globulares y subglobulares de prolijo delineamiento y ejecución, con cuello recto y labio doblado para afuera; además llevan invariablemente asas planas, lo que las acerca a la alfarería del grupo III. Las superficies, tanto interior como exterior, han sido recubiertas con una gruesa capa de pasta que, a veces, alcanza hasta dos milímetros, y cuyo material resulta químicamente idéntico al material del cuerpo. El alisamiento de la superficie exterior ha sido descuidado en muchos casos, no así el del lado interior que aparece siempre mucho más perfecto. La decoración es siempre pintada y ejecutada después de la cocción; consiste generalmente en una o dos líneas negras que rodean en zig-zag la parte superior de la pieza; en contados casos, este simple diseño ha sido ampliado. En general, recuerda la forma más sencilla de decoración de la alfarería amazónica. Antes de aplicar la pintura negra, toda la superficie ha sido pintada en rojo desde un tono claro hasta muy subido, pero en este caso no es el bermellón de la alfarería arauaca sino el color que Lafone Quevedo llamó "granate" en la alfarería catamarqueña. Para estas urnas debe señalarse una novedad técnica dentro de la alfarería santiagueña: la superficie interior está pintada invariablemente en negro de humo, lo que, exceptuando algunas piezas aisladas, no conocemos de otras partes. La cocción no es muy completa, pero se acerca a la que hemos observado en las piezas mencionadas de Soria, Quiroga y La Cuarteada. Todas estas urnas han sido funerarias y contenían indistintamente restos de adultos o de párvulos. En resumen: por la preparación de la pasta y la técnica de cocción, esta alfarería podría incluirse en el grupo IV, y sus fabricantes procederían por consiguiente de la zona andina; el recubrimiento de ambas superficies recuerda la técnica del grupo II, aunque falte la decoración con los dedos; la forma de las piezas con asas planas y el elemento geométrico de decoración son propios de la alfarería del grupo III, lo que podría significar, por lo menos, una larga convivencia con pueblos de este origen. Sin embargo, nosotros nos inclinamos a considerar a este pueblo alfarero como de origen andino por el detalle significativo que enterraban a sus muertos en cementerios bien definidos, costumbre conocida del Noroeste, aunque su presencia no se remontara a muchos siglos. Los pobladores a quienes pertenecía este cementerio, deben haber tenido sus viviendas unos trescientos metros al Este del mismo, lugar donde existen indicios de una población, cuya alfarería acusa las mismas características técnicas de la del cementerio. En este lugar encontramos uno de los llamados vasos-patos decorado con volutas en negro sobre fondo natural (terracota).

A continuación de este cementerio en dirección al Sud se inicia el yacimiento que hemos llamado Bajadita Sud y Bocatoma. Por el estado de conservación de los restos óseos y por otros indicios, no puede existir ninguna duda que la ocupación de este paradero ha sido anterior a la llegada de la gente a quienes pertenecía el cementerio, aunque es muy probable que todavía haya habido contacto entre ellos. La alfarería encontrada en este yacimiento corresponde en su mayor parte a la segunda ola amazónica, por el engobe de las superficies exteriores y la decoración pintada antes de la cocción, aunque falte el color rojo en los diseños. En las excavaciones realizadas apareció una sola pieza con la representación del buho que incluye todas las características de este tipo de alfarería. Además, poseemos otra pieza de este lugar, en la que se ha dibujado una especie de buho, quiere decir, que se ha dibujado en forma típica la cabeza, pero no así las alas y la cola que, por su inusitada extensión parecen tomadas de un *Nyctibius*. La técnica de fabricación de esta pieza corresponde netamente al Noroeste, como así también el color del fondo (el rojo "granate" de Lafone Quevedo) y la decoración en negro posterior a la cocción. Ejecutadas en la misma técnica y con los mismos colores, encontramos los fragmentos de tres piezas, entre ellos un puco recostituible, que han sido decoradas con elementos fitológicos, único caso que conocemos de Santiago del Estero.

En Bajadita Sud apareció un tipo de decoración que no hemos visto en ninguna otra parte de la provincia: una representación ornitomorfa, los ojos pintados y el pico en relieve, sobre un medallón colocado en el cuello de las piezas engobadas. no cono-

mos más que dos fragmentos que evidentemente han pertenecido a urnas, donde el medallón ha sido colocado en la parte superior, pero los dos fragmentos no tienen engobe. No hemos tenido la suerte de encontrar una pieza entera con esta decoración, pero poseemos en abundancia cuellos enteros y fragmentos con la misma; del radio de estos fragmentos se puede deducir que en todos los casos se trata de pequeñas piezas, ya sean jarritas o tinajas. La representación ornitomorfa de los dos fragmentos correspondientes a urnas se acerca en su ejecución, más que las otras, a la figura del buho, mientras la factura de la pieza los relaciona evidentemente con el Noroeste Argentino. Las excavaciones en la Bocatoma nos han proporcionado una pieza del más puro estilo santamariano, tanto en su técnica de fabricación como en la de la decoración y cocción. En todo el yacimiento aparecieron en abundancia y casi superficialmente puntas de flecha de piedra, un hacha de piedra del conocido tipo americano, pero ningún hueso trabajado.

Respecto a la cronología de los pobladores de este yacimiento hemos llegado a la conclusión de que debe admitirse que ha estado poblado en primer término por aborígenes pertenecientes a la segunda ola amazónica, a los que se agregaron posteriormente elementos inmigrados del Noroeste que ejecutaron en parte la técnica que habían traído, pero adoptaron también formas y elementos decorativos que encontraron en el lugar, lo que da la impresión que ambas corrientes, al correr de los tiempos, se han fusionado completamente.

En el orden establecido sigue ahora el yacimiento -i- Vilmer Oeste que hemos clasificado como uno de los dudosos, al que mejor cuadraría llamarle "aun indefinido", por cuanto no hemos realizado excavaciones metódicas, sino una simple investigación de la superficie con pequeños sondeos en algunas partes. Existen varias filas de túmulos, orientados de Norte a Sud, quiere decir, paralelos al río; no se prolongan ni al Norte ni al Sud con un desarrollo de más o menos 500 metros. El aspecto de estas elevaciones da la impresión de que estamos en presencia de elevaciones naturales, formados por el viento y por el agua; una vez que se haga excavaciones en este yacimiento, se establecerá definitivamente el carácter de las mismas. Los fragmentos recogidos en el lugar pertenecen en su mayor parte al acervo de la segunda ola amazónica, y por los demás indicios sospechamos que le corresponderá la misma clasificación del yacimiento Vilmer Norte que pasamos a analizar.

En el mes de Abril del año 1933 nos informó el señor Pedro Estanislao Gerez, vecino del lugar, que en el invierno pasado había visto en un potrero cercano, cubierto de árboles, arbustos y malezas, elevaciones del terreno sembradas de pedazos de alfarería, "pintadas muy lindos en varios colores"; además, al cruzar este terreno con el trazado de una acequia cuya profundidad alcanzó en parte 1.50 metros, se habían destruido muchas tinajas que contenían huesos. Nos trasladamos al lugar, y la primera impresión, después de recorrerlo íntegramente, fué que estábamos en presencia de un yacimiento arqueológico de singular importancia. Por consiguiente resolvimos hacer ante todo un levantamiento topográfico del área que ocupaba. (ver Mapa N° III adjunto que fija también la ubicación exacta de este paradero). De esta operación resultó que la superficie del mismo se eleva a más de 16 hectáreas, siendo por consiguiente el mayor de los que hemos tratado hasta ahora. A juzgar por el enorme material arqueológico que este yacimiento ha proporcionado hasta ahora y, sin duda, está llamado a proporcionar en adelante, por cuanto sólo una ínfima parte ha sido explotada, ~~este~~ este espacio ha estado ocupado durante mucho tiempo en forma compacta, y por diferentes pobladores, que habían asentado sus viviendas sobre las elevaciones del terreno. El Mapa N° IV que adjuntamos representa la ubicación de estas elevaciones, relevamiento hecho mediante una poligonal abierta, y las relaciona entre sí, en cuanto ha sido posible determinarlas, aunque es muy posible que el número pase de las 68, por cuanto lo tupido de la vegetación no permitió establecerlo en todas partes. Las alturas actuales están indicadas en cifras diferentes, determinadas por una prolija nivelación. El carácter de estas elevaciones ha sido tratado anteriormente.

Iniciamos la exploración mediante pequeñas excavaciones en los túmulos 35 - 39 - 50 - 51 - 52 - 55 - 65 - 66 y 67, como también al pie del N° 2 del lado Este. En estas excavaciones, practicadas en la parte superior y en las taludes recogimos 11 urnas funerarias pertenecientes a los tipos descritos en los capítulos I y II, además una gran cantidad de fragmentos de las mismas características, pero también una multitud de tiestos con decoración policroma. El túmulo 39 proporcionó además muchos huesos trabajados, que escaseaban en los demás. En el túmulo 52 encontramos una urna rústica cuya tapa estaba decorada interiormente con la efigie del buho, elemento decorativo muy raro en Vilmer Norte. En Julio de 1933 nos encontramos en condiciones de hacer una excavación metódica y elegimos para tal fin los túmulos 57 y 59. Procedimos a trazar una línea alrededor de cada uno que distaba un metro del pie actual de la elevación, mandando excavar una zanja de un metro de ancho. Del primer metro, constituido por tierra vegetal arenosa-gredosa, se retiró cierta cantidad de tiestos de diferentes tipos. A esta profundidad apareció la primera urna funeraria perteneciente a la alfarería descrita en el capítulo II y consignada con el número 1 en el esquema publicado por los hermanos Wagner en el primer tomo de la Civilización Chaco-Santiagueña, facilitado por el autor de este trabajo como se advierte en la lámina respectiva, y cuya reproducción agregamos. Poco después apareció al Sud del túmulo la urna N° 2 correspondiente a la alfarería del capítulo I. Las tapas de ambas urnas son rústicas de la misma factura de las urnas. Estando aun ocupado en re-

tirar esta urna, el peón que trabajaba al Este de la elevación señaló la aparición de otras urnas, que después resultaron ser cuatro conteniendo cada dos los restos de un individuo, quiere decir, los huesos en una y el cráneo separado en otra urna a la par. Las urnas eran de material fino pero sin decoración alguna, y las tapas de una magnífica ejecución, engobadas con decoración policroma anterior a la cocción. A la misma categoría pertenecían casi todos los fragmentos encontrados en abundancia en la superficie, es decir, encima de la superficie del núcleo principal que consideramos artificial, y dentro de la capa de tierra vegetal que lo cubría, conforme a lo expuesto en el capítulo III. Hacemos constar que dentro del núcleo principal no apareció ningún documento arqueológico. En este túmulo no encontramos ninguna pieza entera, y los tuestos que ~~hacemos~~ nos permitieron reconstituir cierto número de piezas, tuvimos que seleccionar de todos los sectores en que habíamos dividido la excavación del túmulo. Todos estos fragmentos pertenecían visiblemente a piezas que no habían tenido ningún uso y estaban desparramados a los cuatro vientos, como si con esta actitud se hubiera cumplido un rito funerario en ofrenda a los muertos. No habiendo aparecido más que cuatro urnas de este tipo, y dada la enorme cantidad de vasos rotos intencionalmente, indicaría que este culto ha sido practicado durante largos años; de las características de esta alfarería se podría deducir que los constructores del túmulo han pertenecido a la segunda ola amazónica. Con excepción de las urnas 1 y 2, las demás de estos tipos se encontraron a un nivel superior, en los taludes, como puede observarse en el esquema. Por consiguiente, debe considerarse que sus fabricantes encontraron ya esta población amazónica en el lugar, de la cual asimilaron el entierro secundario y respetaron el destino del túmulo para uso exclusivo de la sepultura de los muertos. Lo dicho asigna mayor antigüedad a la segunda ola amazónica, y señala la posterior llegada de los pueblos chaqueños y paranaenses. En la parte Sudeste del túmulo aparecieron dos cadáveres sepultados simplemente en la tierra, en posición sentada con las rodillas levantadas hacia el mentón.

Nos resta considerar el último yacimiento de la serie que es Beltrán donde trabajamos durante los años 1930, 1931 y 1932. Indudablemente es el paradero que ocupa mayor superficie y que adquiere un interés especial por la calidad y diversidad del material arqueológico extraído. Lo componen filas de túmulos que se extienden 1.500 metros desde el Oeste al Este y abarcan unos mil metros de Norte a Sud, divididos en 16 líneas más o menos paralelas. Beltrán carece en general de alfarería con decoración policroma, aunque se encuentra uno que otro fragmento de esta clase, y la que, en mayor cantidad, parece limitarse a un sólo túmulo que, por otra parte, abandona la orientación general, Oeste-Este, por cuanto su eje longitudinal conserva la dirección Norte-Sud. No podemos asegurar definitivamente que en el yacimiento de Beltrán existan túmulos artificiales, pero sí que existen elevaciones naturales en cuya consolidación ha intervenido la mano del hombre, como lo demuestran los "pisos" en la parte superior de muchos cuyo material se destaca nítidamente en la sección transversal de los mismos. En el año 1931 el señor Hector Greslebin tuvo oportunidad de comprobar, en una rápida excursión, la existencia de estos "pisos", como así también la colocación del vaso (mencionado por nosotros para el túmulo 57 de Vilmer Norte) debajo del mismo. El citado investigador presentó el resultado de su excursión al XXV Congreso Internacional de Americanistas, La Plata 1932. El material extraído de las distintas capas ha sido analizado por el Dr. Herrero Ducloux. Las constancias del análisis permiten deducir que estos túmulos deben haber estado ocupados por seres humanos durante largos años.

A pesar de que los túmulos de Beltrán tiene mucha semejanza con los descriptos de Vilmer Norte, el material arqueológico extraído de los mismos no acusa las mismas características. Los elementos decorativos que predominan en Beltrán son el buho y la simple línea quebrada en zig-zag, lo que estimamos como indicio que la mayoría de la población ha pertenecido a lo que hemos llamado provisoriamente: primera ola amazónica. Las urnas empleadas para la sepultura de los muertos, tanto adultos como párvulos, y las que consideramos como pertenecientes a este grupo, ostentan siempre uno de los elementos señalados. Las tapas de estas urnas son, a veces, pucos de gran tamaño, sin engobe, en cuyo interior se observan las figuras de dos buhos, contrapuestos, pintados en negro sobre fondo rojo o marrón. El estado de los restos óseos humanos que contienen estas urnas, indica evidentemente que se trata de la población básica del lugar. Entre las piezas en las cuales los restos se han conservado algo mejor, aparecen urnas sin decoración, en parte engobadas, lo mismo como los pucos-tapas, aunque los elementos decorativos no se han modificado. Aplicando siempre la mayor o menor conservación de los restos óseos como índice dentro del mismo yacimiento para establecer la antigüedad de las urnas funerarias pertenecientes a diferentes grupos con relación a las demás, hemos encontrado que las urnas correspondientes al grupo II son de una época posterior, y aun más nuevas deben considerarse las urnas del grupo I; sin embargo, todas coinciden en la práctica del entierro secundario.

En la parte Este del yacimiento de Beltrán había asentado sus reales otro pueblo cuyas costumbres mortuorias, como cierta alfarería usada para sepultar a los muertos, no tienen relación con ninguno de los grupos mencionados. Estos indígenas practicaban el entierro primario en urnas, para lo que empleaban vasos grandes, de boca ancha, comparables con los conocidos "yambufes" de los Chiriguano del Este de Bolivia, aunque los vasos de Beltrán están provistos de asas planas. La colocación de los muertos dentro de estas urnas coincide con la manera usual entre los Chiriguano. Este hallazgo, en cierto modo, confirma y dá más valor a la información de Pedro Sotelo de Narvaez cuando, informan-

do sobre los pobladores del río Salado, dice: "Los mas destes pueblos hablan lengua que dicen tonocoté y otra sanavirona; y de ahí abajo son indios Chiriguano, que comen carne humana". Pedro Sotelo de Narvaez se basa para su información en lo que le habían hecho saber los mismos pobladores del Salado sin haberlos conocido personalmente. Se trata indudablemente de una similitud en las costumbres más características sin que eso signifique que verdaderamente hayan sido Chiriguano. A nuestro modo de ver debe interpretarse únicamente como de que se trata de un pueblo del mismo origen, quiere decir, Tupi-Guaraní. El hallazgo de Beltrán también podría señalar la ubicación de una avanzada a la que ha faltado tiempo para extenderse más, quizás, por la llegada de los españoles.

En Beltrán hemos encontrado tres formas de enterrar a los muertos:

- a) entierro primario en urnas;
- b) " secundario en urnas;
- c) " simplemente en la tierra:
 - 1) en posición sentada con las rodillas levantadas hacia el mentón;
 - 2) " " decúbito dorsal.

Esta última posición parece corresponder a la sepultura de individuos pertenecientes a una época más moderna, a juzgar por la mejor conservación de los restos.

Las urnas pertenecientes al grupo a) estaban depositadas al Norte de las elevaciones y al pie de las mismas. La ubicación de las del grupo b) varía según las características de la alfarería. Así resulta que las pertenecientes a la primera ola amazónica, se encontraban siempre al pie y con preferencia del lado Sud de las elevaciones. Las urnas con pucos-tapas engobados, donde se nota ya la influencia de la segunda ola amazónica, las hemos encontrado, a veces, ubicadas en el talud del túmulo, lo que ha sido casi general para las urnas con decoración en relieve o figulina y para las urnas con apéndices.

A pesar de que es evidente que el yacimiento de Beltrán ha estado ocupado durante mucho tiempo y por diferentes pueblos, no hemos encontrado ningún indicio del material de que estos pobladores construyeran sus viviendas, lo mismo como en los demás paraderos.

El hallazgo de fusaiolas indica que sus moradores sabían industrializar la lana de su ganado u otra materia prima, y que conocían la técnica del tejido para su vestimenta. Narvaez habla de esta en cuanto a las mujeres, pero dice que los varones usaban plumas de avestruz para "cubrir sus vergüenzas". Es explicable que así haya sido en el verano, debido al clima tórrido de Santiago, aunque no significa que no hayan sabido abrigarse mejor cuando la temperatura, en el rigor del invierno, baja a algunos grados bajo cero.

La cantidad de material óseo trabajado que hemos encontrado en este yacimiento ha sido relativamente reducida y se limita a unas puntas de flecha y útiles domésticos. Las puntas de flecha de piedra estaban siempre en la superficie cerca de la misma y concuerdan en su tipo con las que hemos encontrado en los demás paraderos.

En base a la clasificación hecha en la primera parte y las experiencias y observaciones expuestas en la segunda, trataremos de establecer la sucesión de llegada de los distintos pueblos que aquellas nos han sugerido. En consecuencia, el substrato étnico parece haber formado una inmigración amazónica que se habría producido en tiempos remotos y que se ha desarrollado en el curso medio e inferior del río Dulce, alcanzando la dispersión de esta cultura hasta las costas del río Salado en su curso medio, lo que coincide con la expansión de los Sanavirones cuya lengua menciona Narvaez como hablada por pobladores de este río. Consideramos como perteneciente a este pueblo el característico elemento decorativo del buho cuya dispersión hemos señalado en el mapa agregado al capítulo III con una línea quebrada y periferia cerrada, por cuanto no se ha extendido fuera de la provincia. El segundo término corresponde, a nuestro juicio, a una segunda ola amazónica que trajo la cultura, el arte y la técnica arauaca, mientras el tercer lugar adjudicamos a pueblos chaqueños que hemos identificado con tribus aborígenes que posteriormente se ha llamado grupo Mataco-Mataguayos. Estimamos posterior a los citados pueblos la inmigración del Este y del Sudeste. Respecto a la inmigración andina y exceptuando algunos oasis que hemos detallado en el capítulo IV, creemos que se ha producido recién cuando los Incas invadieron el Noroeste Argentino, quiere decir, unos cien años antes de la conquista, y afectó únicamente la cuenca del río Dulce, en su parte media y superior, como también los territorios al Oeste de la misma, zona de la cual dice Narvaez que se hablaba en ella la lengua general de los Diaguitas, el Kakán, no mencionando este idioma en lo que se refiere al río Salado.

Por consiguiente, resumiremos lo expuesto en el cuadro siguiente:

- a) - Primera ola amazónica (Sanavirones?);
- b) - Segunda ola amazónica (Araucos);
- c) - Inmigración chaqueña (Matacos-Mataguayos);
- d) - Inmigración paranaense y pampeana (Querandíes?);
- e) - Inmigración andina (Atacameños - Diaguitas).

Jm Narvaez

Bibliografía.

- 1) - Ambrosetti, Juan B. - "Apuntes sobre la Arqueología de la Puna de Atacama".- Revista del Museo de La Plata, pag. 1 y siguientes.
- 2) - ~~---~~ --- - "Exploraciones arqueológicas en la Ciudad prehistórica de La Paya".- Publicaciones de la Sección Antropológica de la Facultad de Filosofía y Letras, N^o 3, segunda parte, Buenos Aires, 1903.
- 3) - --- - "Exploraciones arqueológicas en la Pampa Grande".- Revista de la Universidad de Buenos Aires, tomo V, 1906.
- 4) - --- - "El Sepulcro de La Paya".- Anales del Museo Nacional de Buenos Aires, tomo VIII, (serie 3, tomo I), Buenos Aires 1902.
- 5) - --- - "Noticias sobre la alfarería prehistórica de Santiago del Estero".- Anales de la Sociedad Científica Argentina, tomo LI, pags. 164 y siguientes.
- 6) - Aparicio, Francisco de - "Las culturas indígenas del río de La Plata, el Paraná y sus tributarios".- Historia de la Nación Argentina, Vol. I, pag. 430.
- 7) - Bird, Junius - "Excavations in Northern Chile".- Anthropological Papers of the American Museum of Natural History, Vol. XXXVIII, Part. IV, año 1943.
- 8) - Boggiani, Guido - "Etnografía del Alto Paraguay".- Boletín del Instituto Geográfico Argentino, N^o XVIII, pags. 613-625, 1897.
- 9) - Boman Eric - "Antiquités de la région andine de la République Argentine et du désert d'Atacama".- Paris, 1908.
- 10) - --- - "Las ruinas de Tinti en el valle de Lerma".- Anales del Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires, Vol. 28, Buenos Aires, 1916.
- 11) - --- y Greslebin, Hector - "Alfarería de estilo draconiano de la región diaguita", Buenos Aires, 1923.
- 12) - Bregante, Odilia - "Ensayo de clasificación de la cerámica del Noroeste Argentino".- Buenos Aires, 1926, pag. 11.
- 13) - Brinton, Daniel - "The linguistic Cartography of the Chaco Region".- Proceedings of the American Philosophical Society, Philadelphia, 1898, Vol. XVII.
- 14) - Buchwald, Otto von - "El rastro de los Atacameños".- Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios históricos americanos, Vol. IV, N^o 10, Enero-Febrero 1920, pags. 158-164.
- 15) - Capdeville, Augusto - "Notas acerca de la arqueología de Taltal".- Boletín de la Academia Nacional de Historia, Quito, 1921.
- 16) - Casanova, Eduardo - "Hallazgos arqueológicos en el cementerio de Huiliche, departamento de Belén, provincia de Catamarca".- Archivo del Museo Etnográfico, N^o III, Buenos Aires, 1930.
- 17) - Créqui Montfort, G. Conte de - "Fouilles dans la nécropole préhispanique de Calama. Les anciens Atacama".- XIV Congreso de Americanistas, Stuttgart 1904/06, pags. 550-565.
- 18) - Doello Juredo, Martin - "Los aborígenes de Santiago del Estero".- Tirada aparte del segundo tomo de las Relaciones de la Soc. Arg. de Antropología, pags. 123-144, 1940.
- 19) - --- - "Memoria Anual del Museo Nacional de Historia Natural, "Bernardino Rivadavia", 1924.
- 20) - Debenedetti, Salvador - "Exploración arqueológica en los cementerios prehispánicos de la Isla de Tilcara, Quebrada de Humahuaca, provincia de Jujuy, campaña de 1908".- Publicaciones de la Sección antropológica de la Facultad de Filosofía y Letras, N^o 6, Buenos Aires, 1930.
- 21) - "El Liberal", diario de Santiago del Estero, Junio 3 de 1944.
- 22) - Figuera, José H. - "Los primitivos habitantes del Uruguay".- Montevideo, Mayo 1892, cap. II, pag. 151.
- 23) - Freitas, Carlos A. De - "Alfarería del Delta del Río Negro".- Apartado de la Revista Histórica, año XXXVI, (2. época), tomo XIII, Montevideo 1942, Nos. 38-39
- 24) - --- y Geranio, Silvio S. - "Informe sobre una vasija ornitomorfa del Río Negro".- Apartado de la Revista de la Soc. Amigos de la Arqueología, tomo IX, años 1938-41, Montevideo, 1944.
- 25) - Frenguelli, Joaquín - "Los aborígenes de Santiago del Estero; ambiente geográfico".- Tirada aparte del segundo tomo de las Relaciones de la Soc. Arg. de Antropología, pags. 1-33, 1940.
- 26) - --- - "Nuevo tipo de alfarería indígena ornitomorfa".- Boletín de la Educación, tirada aparte, Santa Fé, 1927.
- 27) - Gaspar, Fernando - "Las campanas Chana-Timbúes".- Revista Geográfica Americana, año XII, Vol. XXIII, N^o 140, Mayo 1945, pags. 279-282.
- 28) - Hauenschild, Jorge von - "Ensayo de ordenamiento del acervo arqueológico santiaguense, de su cronología y de sus afinidades".- Revista de la Junta de Estudios Históricos de Santiago del Estero, año II, Nos. 3 y 4, Enero-Julio 1944.

- 29) - Imbelloni, José - "Los Aborígenes de Santiago del Estero, Síntesis antropológica y Exégesis".- Tirada aparte del segundo tomo de las Relaciones de la Soc. Arg. de Antropología, 1940, págs. 79-115; 183-200.
- 30) - Jijón y Caamaño, Jacinto - "Nueva Contribución al conocimiento de los aborígenes de la provincia de Imbaburu de la República del Ecuador".- Boletín de la Soc. Ecuat. de Estudios Históricos Americanos, Quito, Vol. IV, N° 10, 1920.
- 31) - Kersten, Ludwig - "Die Indianerstämme des Gran Chaco in der zweiten Hälfte des 18. Jahrhunderts".- Casa editora e imprenta, antes E.J. Brill, Leiden, 1904
- 32) - Koch-Grünberg, Theodor - "Zwei Jahre unter den Indianern".- Berlin, 1909-1910, tomo II.
- 33) - Lafone Quevedo, Samuel A. - "Huacas de Chañar Yacu".- Separata de la Revista del Museo de La Plata, tomo III, págs. 33 y siguientes.
- 34) - --- --- --- -. - "Los indios Chanases y sus lenguas con apuntes sobre los Querandíes, Yaroa, Boanes, Günoas o Minuanes y un mapa étnico".- Boletín del Instituto Geográfico Argentino 1897, N° XVIII, págs 115 y siguientes
- 35) - --- --- --- -. - "Progresos de la Etnología en el río de La Plata durante el año 1898".- Boletín del Instituto Geográfico Argentino, 1899, N° XX, pag. 60.
- 36) - --- --- --- -. - "Viaje arqueológico a la región de Andalgalá".- Separata de la Revista del Museo de La Plata, tomo XII, 1902-1903.
- 37) - Latcham, Richard E. - "Arqueología de la región atacameña".- Prensa de la Universidad de Chile.
- 38) - --- --- --- -. - "La Alfarería Indígena Chilena".- Soc. Imp. y Lit. Universo, Ahumada 32, Santiago de Chile, 1928.
- 39) - --- --- --- -. - "La Antropogeografía del Norte de Chile".- Boletín del Museo Nacional de Historia Natural de Chile, Abril 18 de 1937.
- 40) - --- --- --- -. - "Las Influencias Chíncha en la alfarería indígena de Chile y la Argentina".- Revista del Instituto de Etnología de la Universidad de Tucumán, tomo I, entrega 3ª, pagas. 295-493, Tucumán 1930.
- 41) - Levillier, Roberto - "Nueva Crónica de la Conquista del Tucumán".- Biblioteca del Congreso Argentino, Vol. I, año 1926.
- 42) - Métraux, Alfred - "Etudes sur la civilisation des indiens Chiriguano".- Revista del Instituto de Etnología de la Universidad Nacional de Tucumán, tomo I, 1938
- 43) - Michaud, Carlos - "Regadíos de Santiago del Estero".- Publicación Oficial del Gobierno de la Provincia, 1942.
- 44) - Mostny, Grete - "Excavaciones en Arica".- Apartado del Boletín del Museo Nacional de Historia Natural de Chile, tomo XXII, 1944.
- 45) - --- --- --- -. - "¿Un nuevo estilo arqueológico?"- Apartado del Boletín del Museo Nacional de Historia Natural de Chile, tomo XX, 1942.
- 46) - Narvaez, Pedro Sotelo - "Relación al Licenciado Cepeda, 1533?".- En Levillier, Roberto, Nueva Crónica de la Conquista del Tucumán, tomo III, apéndice, Biblioteca del Congreso Argentino, 1926.
- 47) - Nino, Fr. Bernardino de - "Etnografía chiriguana".- La Paz, Bolivia, 1912.
- 48) - Nordenskiöld, Erland von - "L'Archéologie du Bassin de l'Amazone".- Göteborg, 1930.
- 49) - --- --- --- -. - "Präkolumbische Wohn- und Begräbnisplätze an der Südwestgrenze vom Chaco".- Kongl. Svenska Vetenskapsakademiens Handlingar, tomo 36, Stockholm, 1903.
- 50) - --- --- --- -. - "The changes en the material culture of two indian tribes under the influence of new surroundings".- Göteborg, 1920.
- 51) - Outes, Felix F. - "Alfarerías del Noroeste Argentino".- Anales del Museo de La Plata. tomo I, 2ª serie, Buenos Aires, 1907.
- 52) - --- --- --- -. - "La cerámica chiriguana".- Revista del Museo de La Plata, tomo XVI, págs 121-136, (segunda serie tomo III), Junio 15 de 1909.
- 53) - Paucke, P. Florian, S.J. - "Hacia allá y para acá." Una estada entre los indios Mocabíes, 1749-1767. - Traducción Wernicke, 4 tomos, Tucumán-Buenos Aires, 1942.
- 54) - Pedersen, Afbjörn - "Estudio comparativo de los objetos metálicos de Santiago del Estero".- Manuscrito, próximo a publicarse. (1948).
- 55) - Penino, Raúl - "Etnografía del Uruguay".- "El Día", N° 174, Montevideo, 1936.
- 56) - Quiroga, Adán - "Calchaquí".- editado por la Cultura argentina, Buenos Aires, 1923.
- 57) - Rusconi, Carlos - "Alfarería Querandí de la Capital Federal y alrededores".- Anales de la Soc. Cient. Arg., Junio de 1940, E.VI, tomo CXXIX, págs. 254 y sig.
- 58) - Rydén, Stig - "Archeological Researches en the Department of La Candelaria, provincia de Salta, Argentine".- Göteborg, 1936.
- 59) - Schmidel, Ulrich - "Wahrhaftige und liebliche Beschreibung etlicher fürnemen Indianischen Landschaften vnd Insulen".- Leipzig, Studien I, pag. 50, edición Langmantel.
- 60) - Schmidt, Max - "Un viaje por Matto Grosso, (Brasil)".- Revista de la Soc. Cient. del Paraguay, tomo V, N° 1, Agosto 1940.
- 61) - Schreiter, Rudolf - "Distintas clases de sepulturas antiguas observadas en los valles Calchaquí".- Zeitschrift des deutschen Wissenschaftlichen Vereins,

- V. Jahrgang, Heft 6, Buenos Aires, 1919.
- 62) - Schreiter, Rudolf - "Enterratorios en las grutas de Villavil, Dpto. Belén, Catamarca".- Boletín del Museo de Historia Natural de la Universidad Nacional de Tucumán, tomo II, N° 6, pags. 3-8.
- 63) - --- - "La civilización de La Candelaria".- Extrait du Journal de Américanistes, nouvelle serie, tomo XXVI, pags. 53-65, Paris, 1934.
- 64) - --- - "Nota preliminar sobre una expedición arqueológica en la Loma de La Florida, Corral Quemado, Belén; enterratorios indigenas con alfarería draconiana".- Boletín del Museo de Historia Natural de la Universidad Nacional de Tucumán, tomo II, N° 7, pags. 9-16.
- 65) - Schuller, Roberto R. - "Sobre el origen de los Charrúas".- Anales de la Universidad de Chile, tomo CXVIII, número de Marzo y Abril, Santiago de Chile, imprenta Cervantes, Bandera 50, 1906.
- 66) - Serrano, Antonio - "Arqueología del Arroyo Las Mulas en el Noroeste de Entre Ríos".- Publicaciones del Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore, Córdoba, N° XIII, pags. 1-46.
- 67) - --- - "Arqueología de las Tejas, Santa Fé".- Revista Universitaria del Litoral, Paraná 1922, N° 12, pag. 15.
- 68) - --- - "Arqueología del Arroyo Leyes, Santa Fé".- Memorias del Museo de Paraná, 1934.
- 69) - --- - "Clasificación de los Aborígenes Argentinos".- Separado de la Revista de la Universidad Nacional de Córdoba, 1940, año XXVII, nos. 9 y 10.
- 70) - --- - "El área de dispersión de las llamadas alfarerías gruesas del Territorio Argentino".- Physis, tomo X, pags. 181-187, Buenos Aires, 31 de Agosto de 1930.
- 71) - --- - "El Arte decorativo de los Diaguitas".- Publicaciones del Instituto de Arqueología, L. y F., Córdoba 1943, N° I.
- 72) - --- - "El idioma de los Comechingones y Sanavirones".- Academia Argentina de Letras, Buenos Aires, 1945.
- 73) - --- - "La cerámica "Tipo Condor Huasi" y sus correlaciones".- Publicaciones del Instituto de Arqueología, L. y F., Córdoba 1944, N° VI.
- 74) - --- - "La Etnografía ~~de~~ antigua de Santiago del Estero y la llamada civilización Chaco-Santiagoña".- Editores Pedrassi, Paraná, 1938.
- 75) - --- - "Los Comechingones".- Publicaciones del Instituto de Arqueología, L. y F., serie Aborígenes Argentinos, Vol. I, Córdoba 1945.
- 76) - --- - "Los primitivos habitantes del Territorio Argentino".- Editorial "La Facultad", Buenos Aires, 1930.
- 77) - --- - "Material Arqueológico del Departamento San Cristobal, Santa Fé".- Extracto de Quid Novi, Rosario 1932, N° 3.
- 78) - --- - "Observaciones sobre el Kakán".- Boletín de la Academia Argentina de Letras, tomo IV, N° 14, Abril-Junio, Buenos Aires, 1936.
- 79) - --- - "Temas decorativos del Arte Chaco-Santiagoño".- Revista Geográfica Americana, año XI, Vol. XXI, N° 126, pags. 171-175, Marzo 1944.
- 80) - Soprano, P. Pascual - "Historia de la guerras con los terribles Calchaquies, Chiriguano y Quilmes".- Alberto Monkes, Buenos Aires, 1896.
- 81) - Tapia, Augusto - "Perfiles y otros datos técnicos referentes a la perforaciones practicadas durante el año 1925".- Dirección General de Minas, Publicación Oficial, 1930.
- 82) - --- - "Pilcomayo".- Dirección General de Minas, Publicación Oficial, Boletín N° 40, 1935.
- 83) - Torres, Luis Maria - "Arqueología de la cuenca del Paraná".- Revista del Museo de La Plata, tomo XIV, 1907.
- 84) - --- - "Los primitivos habitantes del Delta del Paraná".- Buenos Aires, 1913, pag. 406.
- 85) - Torres Heloisa, Alberto - "Arte indigena da Amazonia".- Servicio do Patrimonio Historico e Artistico Nacional, Rio de Janeiro, 1940.
- 86) - Uhle, Max - "Arqueología de Arica y Tacna".- Boletín de la Soc. Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos, Vol. III, pags. 1-48, 1919.
- 87) - --- - "Cronología y origen de las antiguas civilizaciones Argentinas".- Separata del N° 18 del Boletín de la Academia Nacional de Historia, Quito, 1923.
- 88) - --- - "El origen centroamericano de los Moudbuilders y de los Pueblos".- XXI Congreso Internacional de Americanistas, Göteborg, 1924.
- 89) - --- - "Fundamentos étnicos de la Región de Arica y Tacna".- Boletín de la Soc. Ecuat. de Est. Hist. Am., Vol. II, N° 4, año 1917.
- 90) - --- - "Orígenes Centroamericanos".- Separata del N° 9 del Boletín de la Academia de Historia, Quito, 1922.
- 91) - --- - "Toltecas, Mayas y Civilizaciones sudamericanas".- Separata del N° 18 del Boletín de la Academia de Historia, Quito, 1923.
- 92) - --- - "Zur Chronologie der alten Kulturen von Ica".- Journal de la Société des Américanistes de Paris, nouvelle serie, tomo X, 1913.

- 93) - Wagner, Emilio Roger - "La civilización Chaco-Santiagoña".- Conferencia leída a fines de Mayo de 1944 en la Soc. Arg. de Cultura Británica en Córdoba, extractado por la "Voz del Interior" de Córdoba y transcrito por "EL Liberal" de Santiago del Estero con fecha 3 de Junio de 1944.
- 94) - --- --- y Wagner, Duncan Ladislao - "La Civilización Chaco-Santiagoña y sus correlaciones con el viejo y nuevo Mundo".- Buenos Aires, 1934.